

NACIMIENTO Y EXPANSIÓN

DE LOS

FENÓMENOS SOCIALES

por

YOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN

I

UNA PROSPECCIÓN

Con las investigaciones y estudios de nuestro *Laboratorio de Eusko-Folklore* aspiramos a poseer una visión panorámica de la vida de un pueblo.

A este panorama no le caracteriza precisamente la estabilidad: es un paisaje de un atardecer sereno que cambia de colorido por momentos. El objeto de nuestro estudio, como todo lo que atañe a la vida, no ofrece, pues, una *perspectiva estática*: es esencialmente *dinámico*.

En el presente ensayo queremos investigar algo de la vida social contemporánea, una etapa de su desarrollo, o dicho en otros términos, una fracción, nada más, de la trayectoria que la vida de un pueblo de aldea describe en su larga carrera.

Comprendemos lo arduo de la empresa, concebida así en toda su generalidad. Por eso habremos de limitar mucho nuestro trabajo. Verdad es que esta limitación tiene sus inconvenientes, pues no puede olvidársenos lo difícil que es alcanzar la visión exacta de un organismo cuyas funciones no son algo completo y acabado, sino que forman parte de un ciclo vital más extenso.

Con todo, es noble intentar la contemplación de una fase de la vida, cuando no es posible abarcar la totalidad de los fenómenos y su mutuo encadenamiento orgánico.

* * *

La vida de las plantas se nos manifiesta por sus hojas, por sus flores, por sus frutos y, sobre todo, por el incesante proceso de un desarrollo más amplio, cuyas fases se compendian en estas palabras: nacer, crecer y fenecer. Lo mismo podemos decir de la cultura de un

pueblo. La religión, el arte, la ciencia, la organización social, son manifestaciones culturales de los pueblos. Cada una de estas formas sufre en la conciencia colectiva incasantes vaivenes—a veces transformaciones—que siguen determinadas leyes. De muchas de ellas conocemos el modo de su génesis, crecimiento y decadencia. Por eso escribíamos en otra ocasión, tratando de este mismo asunto: «deberíamos encauzar nuestra labor a la exploración de este incesante proceso, al estudio de la variación en las variantes, a la representación cinematográfica de la vida popular, en la que apareciesen al detalle los fenómenos de la *generación* de los elementos culturales, así como de la *degeneración* y de la *regeneración* de los mismos» (1). Hoy intentamos realizar parte de este programa.

No sé qué tendencia irresistible ha impulsado a muchos a admitir como típico en el pueblo vasco lo que éste practicaba hace cincuenta u ochenta años. Suponen tácitamente, pero sin ninguna razón, que la transición es un fenómeno reciente, que las influencias extrañas son de ahora y que todo lo que en aquella época poseía el pueblo, era, no sólo resultado de la elaboración de su propia cultura ancestral, sino patrimonio apenas alterado de sus abuelos de varios siglos atrás.

Demostrar que esto no ha ocurrido así en toda su generalidad, es cosa propia del etnólogo, así como el investigar cuáles son los elementos culturales cuyo ciclo, por su amplitud, describe largos siglos de existencia, y cuáles los que tienen vida más efímera.

Aún más allá quedan la discusión y la resolución de importantísimos problemas acerca del origen de tales elementos, del mecanismo de su difusión, de su desenvolvimiento, etc., problemas que hemos de abordar en el presente trabajo.

No tratamos, pues, de apreciar los valores espirituales de una cultura: sólo investigamos su funcionamiento, sin juzgar por ahora del valor absoluto ni relativo de los factores que en él intervienen.

* * *

Para realizar debidamente esta tarea, preciso es conocer el contenido mental del pueblo, por lo menos en un estadio de su vida, y haber presenciado y aun vivido con vida vigilante ese flujo y reflujo

(1) ANUARIO DE LA SOCIEDAD DE EUSKO-FOLKLORE, 1921 págs. 24-25.

de culturas que florecen y de estilos y modas que languidecen y sucumben. Nos servirán en este nuestro empeño las colecciones de saber popular aparecidas en nuestra publicación EUSKO FOLKLORE y en los *Anuarios* de la sociedad de este nombre, los materiales, aun inéditos, del archivo de nuestro Laboratorio de Etnología y muchas notas y artículos publicados en libros, revistas y diarios del país vasco. Pero, sobre todo, nos servirá la observación propia y aun la experiencia propia. Gran parte de los hechos que aducimos, los hemos conocido directamente; es más, lo hemos *sentido y vivido* por largo tiempo, nuestro espíritu ha vibrado al unísono con ellos. Y en esas profundidades sociales donde buceamos, intuimos ciertas tendencias innatas, sorprendemos la obra gigantesca de largas acumulaciones tradicionales, sentimos la presión enorme de la organización social y del ambiente externo. Del mismo modo, esos castaños seculares, el puente medio derruido, el caserón destartelado y aquel viejo santuario que corona la montaña, son para nosotros otros tantos símbolos.

Del fondo de este espectáculo vemos surgir problemas que torturan nuestro espíritu. Esas tendencias que brotan poderosas y cuyo resultado contemplamos en tantas obras de arte, en innumerables formas sociales ¿qué influencia ejercen sobre la conducta del individuo y de los pueblos? ¿Cómo son plasmadas por la tradición? ¿Qué sello imprimen a nuestra cultura los factores geográficos? ¿Qué ritmo marcan en su carrera los valores culturales?

Si ahondamos más todavía, aparecen nuevos problemas; mas ¿por qué tratar de acabar lo inacabable?

Las soluciones son muchas, provisionales las más. Sucédense las teorías, excogítanse sistemas y se forman escuelas que mutuamente se combaten.

En medio de este cuadro de certidumbres y conjeturas, destácase una idea, como una conclusión filosófica: la posibilidad de fenómenos de orden trascendental que constituyen excepciones en el curso ordinario de las manifestaciones culturales, y que sólo son explicables por la intervención de un agente superior, de la omnipotencia de Dios. Muchos teorizantes de los últimos tiempos consideraron como absurda esta idea y negaron *a priori* tal posibilidad. ¿Por qué?

Todo esto quisiéramos estudiar; ello forma la parte más interesante de nuestro programa; mas imposible abarcarlo íntegramente en el presente trabajo. Aquí sólo trataremos del génesis y difusión de ciertas formas sociales en el pueblo vasco.

Al tratar de dar solución a estos problemas, no hemos recurrido al estudio del hombre salvaje, como lo hacen hoy en bastante éxito muchos investigadores etnólogos. Hemos preferido explorar nuestro pueblo, el pueblo vasco, y estudiar en él los diversos fenómenos de la cultura del hombre folklórico, cuya mentalidad es también de carácter primitivo.

No es este estudio fruto de análisis de ideas preconcebidas: primero hemos investigado los hechos, los hemos observado atentamente: hemos presenciado el funcionamiento de la vida social en algunos de sus más importantes aspectos y así hemos ido de los fenómenos a las ideas y descripciones, y no viceversa. De ningún modo pretendemos, pues, que nuestra ideología reemplace a los hechos.

II

BOSQUEJO DE UNA CULTURA

Aquí nos referimos principalmente a los valores espirituales de un pueblo. Mas al hacer una descripción, aunque sea esquemática, del mismo, no es posible prescindir en absoluto de los intereses materiales o bienes económicos de sus habitantes.

Describir el estado cultural de un pueblo es reseñar y explicar su saber y sus creencias, sus costumbres, lenguaje, escritura, leyes, artes, técnicas, estilos y modas; es dar a conocer aquellos modos de pensar, de sentir y de obrar que se presentan como independientes y extraños al individuo, los cuales pueden ser comprendidos bajo el nombre general de *formas sociales*.

Por semejantes formas se relacionan en alguna manera los miembros de una colectividad. Cuál sea el carácter de estas relaciones e influencias mutuas, lo veremos más adelante. Ahora nos basta decir que ellas constituyen una suerte de intercambio cultural que llamamos *simpatía social*.

Factores de orden material

Un tipo cultural

Como el estudio general de las formas sociales fuera demasiado amplio y muy expuesto a errores de apreciación en el estado actual de nuestros conocimientos, nos conviene considerar sólo un reducido grupo de ellas, limitando nuestro campo a las de un pueblo de aldea, donde la vida es menos complicada que en la ciudad, donde el funcionamiento de los factores sociales es, sin duda, menos complejo y, por lo mismo, más asequible a nuestra observación.

Este pueblo va a ser el de Ataun.

Su zona habitada ocupa una parte de las estribaciones occidentales de la sierra de Aralar, a ambos lados del río *Agauntza*.

Todavía podemos limitar más el objeto de esta descripción, ciñéndonos a una de las parroquias de aquel pueblo: a la de San Gregorio, por sernos ésta mucho más conocida. Así lo haremos mientras no se advierta otra cosa. De este modo podremos más fácilmente bosquejar, siempre a grandes rasgos, el estado actual de su civilización y la dirección de su movimiento cultural.

El territorio que comprende esta parroquia es sumamente accidentado: altas montañas y laderas en rápida vertiente, entre las cuales se ramifican dos estrechísimas vegas surcadas por el río *Agauntza* y por su afluente *Lauztiefeka* respectivamente. El suelo hállase cubierto de hayedos y castaños por la parte meridional. Lo restante es casi toda tierra labrada y pastizal con algunos manzanales y lomas de poca tierra donde crecen enmarañados bosques de encinas.

Su población, que hace diez y ocho años era de 1124 habitantes, hoy apenas pasa de 900. Está distribuída en seis barrios: Murkôndo, Afatekale, Ugaldekarika, Lauztiefeka, Ufutumendi y Ergône, con un total de 117 familias, de las cuales son labradoras 75 (hace cuarenta años eran 101), y las restantes, que reciben el nombre genérico de *aitelume*, se dedican a otras profesiones.

Las 17 familias labradoras que han emigrado de diez y ocho años a esta parte se han establecido salvo dos o tres, en centros fabriles, abandonando la labranza. Lo mismo han hecho las de los *aitelumes* que han salido en busca de mejor fortuna.

El promedio anual de nacimientos en los últimos cinco años ha sido de 24,5.

El caserío y la familia

Casi todas las familias de Ataun viven en casas diseminadas en las estribaciones de *Aralar* y *Aitxu*, a ambos lados del río *Agauntza*. Echemos una ojeada sobre el conjunto de su zona poblada.

Luego notaremos que las vertientes soleadas, las proximidades de los ríos y de las fuentes, la vecindad de la carretera que en gran parte de su recorrido coincide con la calzada antigua que iba al valle navarro de Borunda, y sobre todo los parajes susceptibles de explotación agrícola y pastoreo, condicionan la distribución de las casas por todo el territorio. La facilidad de explotación se acrece con la proxi-

midad de la habitación a las tierras cultivadas. Esta consideración guió recientemente a los dueños de los caseríos *Iturbe* y *Lauztiberi* a construirlos junto a sus propiedades, y el mismo espíritu debió presidir en la erección de los caseríos antiguos.

Vemos, pues, que la naturaleza y el relieve de la tierra, y el intento de una mayor economía de fuerzas en su explotación, juntamente con la fundamental tendencia de adquisición, contribuyeron a la formación del caserío actual y de esa población enrarecida en habitaciones diseminadas, ocupando cada una de éstas el centro de sus dominios. El sistema de casas alineadas que ya existe en Beasain, Villafranca, Etxafi Aranaz y Alsasua, pueblos con los que mantiene Ataun constantes relaciones, no se ha introducido aquí, ni siquiera en la zona de casas no labradoras.

Las familias hacen así una vida aislada, independiente, dando lugar al predominio de las relaciones puramente familiares y de carácter privado sobre las públicas y callejeras. Por eso se desarrollan hoy en el caserío gran parte de las formas sociales que estimulan y condicionan la conducta del individuo. De ahí procede también que la familia del caserío sea una institución en cuyo seno laboran fuerzas de gran coherencia recíproca. Su *simpatía social* ha sido originada y desarrollada al calor del hogar y bajo la influencia de sus dominios. Por eso la vida familiar es intensa y hállase estrechamente ligada con la casa y sus tierras. El individuo que ha recibido su educación en el caserío, tiende a desenvolverse en el caserío, a moverse a compás con el ritmo vital del caserío que también es el suyo; por lo cual, se opone resueltamente, no sólo a una violenta disolución del mismo, sino también a cualquier cambio que lo desfigure.

Es, pues, el caserío con sus habitantes y pertenecidos a modo de un organismo vivo cuya vida manifiéstase por su característica *simpatía social*, y como tal se resiste a su disolución y muerte. Por esta razón es también transmitido íntegramente a un solo heredero.

El labrador busca el dominio pleno en su propio caserío. Las familias labradoras que durante buena parte del año dedicaban antes uno o dos de sus miembros a carbonear o a fabricar latas de empaque (*txantólak*) en el monte, hoy tienden a enfocar sus fuerzas en el cultivo de sus tierras y en una mayor extensión de su ganadería.

Para conseguir el dominio pleno, aprópianse nuevos terrenos, reduciendo a veces dos caseríos a uno solo. Así han sido acumuladas las tierras de *Markesanea* y *Perunezaña*, que hoy constituyen un solo caserío; lo mismo se ha de decir de las de *Etxetxo* y *Etxetxoberi*, de las de *Telerierdikoa* y *Telerigarakoa*, de las dos de *Laruntza*, etc. Además, varias casas y terrenos, que antes eran del municipio, han venido a manos de particulares, así como muchos renteros de antes hoy son propietarios. Esta transformación ha sido facilitada por la emigración de muchas familias a centros industriales y por el desarrollo cada vez mayor de la ganadería. Todo lo cual ha contribuido a que se acentúe el particularismo en las familias rurales, las cuales ya no pueden desarrollar entre sí la simpatía social en grado tan elevado como antes por haber de concentrar gran parte de las actividades en sus propios caseríos. Estas tendencias particularistas son contrarrestadas hoy en parte por el contacto e influjo de un círculo más amplio de relaciones que no son precisamente de caserío a caserío, sino de caserío a la calle, a la ciudad. Y esta nueva orientación, que se ha hecho visible de treinta años acá, manifiéstase principalmente en los hombres, no en las mujeres, las cuales rozan menos con personas extrañas a su propio ambiente de aldea.

Otras industrias y oficios

Este incremento de las labores propias de caserío, y, sobre todo, el éxodo de la juventud a ciudades y centros fabriles, han determinado la decadencia del carboneo, que, después de la agricultura, ha sido la más importante industria de la última generación.

Hace 70 años eran pocos todavía en Ataun los que se dedicaban a carbonear. Las principales ocupaciones de los hombres eran entonces, además de la labranza y ganadería, la fabricación de tabletas de embalaje y la sierra; esta última, principalmente a raíz de la segunda guerra civil carlista. En tales labores pasaban gran parte del año, en especial el estío, numerosos grupos de *txantólgilek* (=fabricantes de *txantólak* o tabletas de embalaje) y de *zeñarik* (=serradores). Estas industrias decayeron lentamente para ser sustituidas principalmente por la de carbones. Los primeros carboneros que trabajaron en los montes de Ataun, fueron de Azpeitia, Ufestiña, Nuarbe. Luego se generalizó el oficio. El carbonero (= *ikazkiñe*) trabajaba en el monte du-

rante seis meses. En lo restante del año (todo el invierno y parte de otoño y de primavera) se dedicaba a la labranza, si era de caserío, o a servir de peón en las labores agrícolas o a otras industrias caseras, como la de hacer calcetines, cestos, sillas, mangos de guadañas y de hachas, etc., si era *aitelume*.

También la industria carbonera se halla hoy en decadencia. Este año de 1924 trabajan en los montes 113 hombres, repartidos en nueve grupos o cuadrillas. Cada grupo consta de un número de obreros asalariados que oscila entre ocho y diez y seis, a las órdenes de uno o varios amos, también carboneros. En otro tiempo (hace veinticinco años p. e.) era más que el doble del actual el número de carboneros. Hoy se ocupan muchos en oficios menos laboriosos.

Este año trabajan en los talleres y fábricas de Beasain y Villafranca 110 obreros atauneses: de ellos son ocho solamente de San Gregorio. En la fábrica no se gana más que en el monte; pero el trabajo dura menos, es más llevadero, además de que en ella se hallan más comodidades, se disfruta de más diversiones, se participa de una situación social más conforme con el ideal que va predominando en el pueblo. El origen y desenvolvimiento de este ideal, la investigación de los factores en función de los cuales se origina y se transforma, constituyen uno de los problemas más trascendentales cuya solución deberá emprender nuestro Laboratorio de Etnología y de Psicología social.

Los miqueletes y camineros naturales de la parroquia de San Gregorio, llegan este año al número de treinta en la provincia. A la mitad de este número se aproxima el de los mozos que sirven en los cuarteles. Y el de las muchachas de servicio, casi todas en hoteles y casas particulares de San Sebastián, se eleva a treinta y uno. Salvo en este caso, la mujer permanece en casa, dedicada a las labores domésticas y compartiendo con el hombre las del cultivo de la tierra.

Nivel de existencia

La manutención diaria del carbonero durante la temporada de trabajo en el monte costaba media peseta hace treinta años: hoy se ha duplicado el gasto; pero el salario es más que el triple de entonces.

La alimentación ordinaria de las familias labradoras de hace treinta años constaba de las tres comidas siguientes:

a) *Gosâri* o almuerzo a las 8 h. próximamente de la mañana, que se hacía con castañas en invierno y con queso o tocino en verano, y además talos con leche; b) *Bazkâri* al mediodía, consistente en alubia y tocino con talo; c) *Apari*, o cena a las siete o nueve de la noche, en que se comía como a la mañana.

Hoy se han generalizado las siguientes refecciones: a) *Gosâritziki* (=almuerzo pequeño) o café con leche o sin ella, que se toma a la mañana antes de comenzar las faenas; b) *Gosâri*, a las ocho, en que se come tomate o tocino (a veces queso) y leche con talo o con pan; c) *Bazkâri*, al mediodía, con sopa, alubia y *jaki*, además de pan y vino; el *jaki* consiste generalmente en tocino, y queso o manzana; d) *Beinda* (=merienda) a las cuatro o cinco de la tarde, en que se sirven pan y vino; E) *Apari* o cena, a la noche, la cual consiste en patata, o sopa, y leche con pan o talo.

Lo que compra el labrador para su ganado y para sus propias necesidades, como de manutención, vestido, etc., cuesta ahora algo más que el doble de hace treinta años, según los datos recogidos; pero el precio del ganado se ha triplicado de entonces acá, el del trigo es casi el doble, el de la alubia roja cuádruple, etc.

Así, pues, el nivel de existencia (*standard of life*) es actualmente superior al de aquella época, como se desprende de los datos anteriores y del siguiente cuadro comparativo en el que todas las transformaciones de precios, salvo la de prendas de vestir, favorecen al labrador:

G É N E R O S	Precios en el año 1894		Precios en el año 1924	
	Ptas.	Cts.	Ptas.	Cts.
Trigo (fanega).....	11	00	20	00
Maíz »	9	00	17	00
Alubia roja »	16	00	64	00
Patata »	2	00	12	00
Ganado (ralde).....	6	00	18	00
Jornal diario de un carbonero.....	2	00	6	25
Prendas de vestir por persona y año	20	00	40	00
Combustible, gasto anual.....	40	00	100	00

* * *

Los medios de comunicación y de transporte van en constante aumento. Dos puestos de teléfono, dos automóviles para viajeros que funcionan diariamente entre Beasain, Villafranca y Ataun y varios autocamiones que transportan a centros industriales carbón y madera de los montes comunales y particulares, son servicios implantados estos últimos años.

Asociaciones de beneficencia y de carácter económico

Cada familia forma parte de un grupo de familias emparentadas, grupo bien definido y que recibe el nombre de *adrerie*, el cual constituye una institución cuyos lazos de unión son, no sólo los de la consanguinidad, sino también otros de carácter económico-social.

No hay seguro dotal; pero existe la costumbre de que el día de bodas (= *eztaiek*) o el en que uno toma estado, le regalen ciertas prendas de vestir, como toallas, calcetines, etc., las familias de su *adrerie* y de algunos otros de la vecindad.

En caso de parto cada familia del *adrerie* y de los caseríos próximos al de la parturienta, lleva a ésta ciertos presentes (= *bixita*) que consisten en vino, azucarillos, chocolate y a veces gallina. La misma costumbre se observa con una persona que se halla enferma de gravedad; pero en este caso el tiempo consagrado por el uso para llevar la *bixita*, es el mismo día o uno de los inmediatos al en que el enfermo ha sido viaticado. En todo caso es la *etxeoandra* (=señora de la casa) la que lleva la *bixita*.

Después que ha muerto una persona, su *adrerie* no la olvida, sino que la ayuda con diversos sufragios, consistentes principalmente en responsos, luces, etc., como lo dije en el ANUARIO DE LA SOCIEDAD DE EUSKO-FOLKLORE, III, 1923.

Con motivo de la fiesta del patrón de la parroquia, cada familia prepara una gran comida a la que invita a aquellos de su *adrerie* que viven en otras parroquias o pueblos.

Cuando se mata un cerdo—costumbre que ya se va perdiendo—es de rigor enviar unas morcillas con un trozo de solomillo u otra cosa a las familias del *adrerie*, a las de los caseríos más próximos y al Sr. Cura. Este servicio lo realiza generalmente un niño, quien al hacer la entrega del regalo, dice: *gauza gutxi dala, baño artzéko* (= [me han dicho] que es poco cosa, pero que la aceptéis).

Hay todavía otras costumbres o formas sociales que ligan a los parientes entre sí; mas no me detengo a describirlas, por no hacerme demasiado prolijo, y porque han de aparecer publicadas entre los materiales de investigación de EUSKO-FOLKLORE.

Por la misma razón dejo también los seguros de ganado y la beneficencia en casos de pérdidas notables, como en incendios de casas, enfermedades de ganado, etc., en los que la ayuda caritativa de los vecinos constituye verdadero ambiente o forma social a la que es aún difícil sustraerse. Al hacerse posibles en tiempos modernos ciertos hechos contrarios a tal ambiente y que revelan algún enfriamiento en la caridad tradicional de los vecinos, se han creado esas instituciones o *Hermandades* de seguros de ganado y otras, que se rigen con su propio reglamento, tienen establecidas sanciones, etc.

Elementos de orden espiritual

En la vida popular de Ataun, que es la que más íntimamente conozco, son raras las formas sociales de reciente formación, y ellas deben su aparición, en general, a extraña influencia. Los elementos culturales de hoy son casi todos patrimonio heredado de generaciones pasadas, alterado, como es natural, con algún ligero retoque o acomodamiento a las circunstancias actuales. Y en este sentido podríamos afirmar que el mundo de los muertos dirige y gobierna al de los vivos.

Cultura religiosa

Desde que el niño viene al mundo es rodeado de especiales cuidados y empieza a ser influido por diversos agentes. Entre éstos el que verdaderamente puede llamarse *forma social* por antonomasia y que constituye el más sabroso pasto espiritual de los habitantes de Ataun, es la Religión Católica Apostólica Romana.

El mismo día del nacimiento, o en el siguiente, es llevado el niño a la iglesia parroquial, donde le bautiza el cura y le impone el nombre de algún santo.

Más tarde, cuando se cura la madre, ésta se encarga de llevarlo a

la iglesia con motivo de la bendición *post partum* que llaman *elizantzzea*.

El Sacramento de la Confirmación se le confiere cuando el Prelado de la diócesis va a administrarlo al mismo pueblo o a alguno de los alrededores.

Si enferma gravemente, luego su madre hace promesa de llevarlo a alguna ermita o santuario (Olabeñía, Arantzazu, San Miguel de Excelsis), o de practicar alguna penitencia o limosna. La promesa es cumplida cuando se cura el niño.

Es frecuente encomendar su salud a algún santo y colgarle del cuello una cruz o una medalla.

Aún antes que sepa hablar, su madre le enseña a signarse y santiguarse por la mañana y por la noche, tomándole la mano y practicando con él las cruces correspondientes.

En cuanto empieza a balbucear las primeras palabras, le enseña la oración dominical y jaculatorias como ésta:

Jesus, Maria, Jose
Santa Ana ta San Joakin,
Goazen guztiok
Zerura alkarëkin.

Jesús, María, José,
Santa Ana y San Joaquín,
Vamos todos
Al cielo juntos.

El niño hace estas oraciones todos los días, principalmente al acostarse.

A su vista tiene la iglesia, aquel edificio de viejos muros oscuros, o cuando menos ha oído muchas veces hablar de ella. Allí van sus padres, sus hermanos y otros hombres y otras mujeres. Van a misa, a las vísperas, al sermón, a confesarse, a recibir en su pecho a Dios. También él quisiera ir allí, a ver a Dios, a la Virgen y a los Santos. Su madre le habla muchas veces de estas cosas. «Dios, le dice, es el dueño de todas las casas y heredades, y de las vacas y de las gallinas y de todos los hombres y mujeres. Dios tiene más fuerza que todos los hombres. El hizo el sol, la luna y las estrellas, y El los mueve. Si eres bueno, El te llevará al cielo: allí hay muchos premios (*sarikë*); también hay muchos niños que no pegan y se divierten jugando. Allí están tus abuelos: no los has visto desde que los llevaron a la iglesia metidos en una caja; pero ellos te están mirando desde el cielo y te

recibirán contentos cuando mueras. Yo estaré también allí contigo, y el padre y los hermanos también estarán allí. ¡Qué dichosos seremos! Pero si eres malo, si no haces lo que te mandamos y si pegas a tus hermanitos, el diablo, que es peor que los lobos que comen las ovejas, que es como un hombre negro con cuernos y que anda rabiando por cogernos, te llevará al infierno y allí, metiéndote un asador por la tripa, te pondrá al fuego y te estará quemando por siempre: allí están muchos niños que pecaron. Ese hombre que ves en la cruz es el mismo Dios que vino al mundo; fué niño, y después, cuando creció, empezó a enseñar a los hombres a ser buenos. Pero los malos no le querían ver y le quitaron la vida, clavándolo en una la cruz». Así, con rasgos tan netos y con contrastes tan vigorosos, se le inculcan al niño las verdades de la religión.

Más tarde le inician en la enseñanza del Catecismo de la Doctrina Cristiana que después la completará él mismo cuando aprenda a leer.

Casi desde que echa a andar por sí, asiste a las funciones de la iglesia, o algo más tarde si vive lejos de ella.

Desde que llega a tener discreción suficiente, empieza a practicar los sacramentos de la Confesión y de la Comunión y a recitar diariamente, al acostarse, una fórmula del acto de perfecta contrición de sus pecados.

Además, toma parte en todos los actos religiosos de su familia (rosario, bendición de mesa, rezo del Angelus), en muchas de las funciones de la iglesia (misa, vísperas de los domingos y fiestas de precepto, etc.), oye las homilias y panegíricos de los santos y asiste a las lecciones de Catecismo que explican los sacerdotes de su parroquia. A éstos mira siempre con respeto y al tropezar con ellos en algún lugar, luego descubriéndose, los saluda con estas palabras: *Ai Maria pruxuma* (=Ave Maria purissima). Cuando les dirige la palabra, usa el tratamiento de *beori*, que es de categoría superior al *usted* del castellano.

Más tarde toma parte más activa en el culto religioso, perteneciendo a cofradías que funcionan en la parroquia y practicando lo que ellas prescriben a sus miembros. En la iglesia se asocia a sus antepasados: allí está la sepultura de su familia, y los vivos y los muertos se cobijan allí bajo el mismo techo (1). Y el recuerdo de que

(1) Hoy no se entierra en la iglesia.

los actos que él practica ahora los practicaban en otro tiempo sus abuelos, aviva en él extraordinariamente la simpatía social de la familia.

Acude a la religión y a sus ministros en necesidades de agua, en enfermedades de personas, animales y cosechas, al hallarse en un peligro como el del pedrisco, del rayo, de los insectos que podrían asolar sus campos; para obtener buena suerte en asuntos de su familia, de sus ganados, etc. Requiere los oficios del ministro de Dios, al tomar su estado; y por fin, al partir de esta vida, un sacerdote presenta ante el trono de Dios la recomendación de su alma. Después de su muerte todavía la religión dispensa cuidados especiales a su alma y a su cuerpo, en lo cual nos puede ilustrar el ANUARIO DE EUSKO-FOLKLORE, 1923.

El incesante ejercicio de tales actos y de otros muchos similares, cuya descripción es por ahora innecesaria, puesto que a ello se dedica principalmente el presente ANUARIO, constituye un continuo go-tear que colma y satura de religión a las almas.

Quien ignorase los rudimentos del Catecismo u omitiese las prácticas religiosas que hemos citado, o no amoldase enteramente su conducta a ellas, luego suscitara suspicacias entre sus paisanos y sería objeto de las censuras y de las protestas del público. Hemos conocido varios casos de este género. Esto revela la existencia de una *forma social* contra la cual choca fuertemente toda conducta extravagante y toda idea heterodoxa o antirreligiosa.

Magia

Al lado de esta universalísima forma de la Religión Católica existen otras de carácter religioso y mágico, hoy menos vividas y menos difundidas que antes, supervivencias de religiones y prácticas, algunas de las cuales alcanzaron en otro tiempo el favor de muchos pueblos y naciones. Citaremos algunas.

Recién nacido el niño, es costumbre todavía bastante extendida colocarle en la faja que envuelve su cintura un diminuto *kutun* que ha de defenderle, según creen, contra lo que llaman *bigizko* o mal de ojo. Este *kutun* es un saquito de tela que contiene el cordón umbilical del niño, solo o juntamente con ruda, apio y carbón. En algunos casos este objeto aparece cristianizado, puesto que sólo contiene unas

hojitas que tienen escritos algunos de los primeros versículos de los cuatro Evangelios, o una cintita que haya estado colgada por algún tiempo de una efigie de San Miguel de Excelsis.

La enfermedad llamada mal de ojo es la que obliga a algunos a practicar diversos actos, como ir de promesa a Olabefía para curarse de ella y hacer que el cura de aquel pueblo les lea algún exorcismo, o los Evangelios, como ellos dicen. En la Rioja y en la ribera de Navarra llevan a los tales a Arbeiza. En Txoriefi (Bizkaya), en Bermeo y en los pueblos de la vega de Gernika los someten a la operación que llaman *legizkuena*, cuya descripción puede verse en mi trabajo «Fragmentos folklóricos. Paletnografía vasca» (San Sebastián, 1919), págs. 49—50.

Los más, sin embargo, consideran hoy esta creencia en el aojamiento como supersticiosa, y no la profesan, o cuando más, se adhieren a ella muy fríamente y sólo la practican por vía de experimento.

Muchas creencias y prácticas supersticiosas, algunas de carácter mágico, han sido descritas en las publicaciones de EUSKO-FOLKLORE y en mi trabajo arriba citado. Ellas nos demuestran que el pueblo vasco ha conservado varias reliquias de su religión precristiana y que todavía asoma en su espíritu, de tanto en tanto, el pensamiento mágico.

Mitología

Hay también otras supervivencias, de las cuales, como de las anteriores, va desvaligándose gradualmente el espíritu del vasco; pero que todavía tienen algo su actual civilización. Veamos cómo tales formas entran a moldear la educación del individuo.

Empieza a despertarse la curiosidad del niño. Aquí hablamos del niño de aldea, no del niño de la ciudad. Este se halla casi siempre en presencia del hombre y de sus artificios; aquél en presencia de la naturaleza. Mientras el ciudadano inicia tal vez su carrera viendo cómo la flor de los jóvenes se marchita en fastuosas orgías y cómo viejos libidinosos se maquillan el rostro y se tiñen las canas, el aldeano, siempre en contacto con los fenómenos naturales, aprende los movimientos de los cielos y el desarrollo de los metéoros. También él tiene sus ideas, sus prenociones acerca de lo que en tales fenómenos no

alcanza, tiene sus teorías legadas por la tradición. A veces diríase que admite cierto animismo, que personifica las fuerzas de la naturaleza. Una tarde nos hallábamos en Elosua. Asistíamos a una admirable puesta del sol, cuyo recuerdo no se borrará en nuestra memoria. A nuestro lado se hallaba un niño que, al advertir que el astro del día se ocultaba, se despidió de él dirigiéndole unos versos y llamándole *eguzki-amandria* (=sol-abuela).

El niño de Ataun, de Ormaiztegi y de otros pueblos de Goyefí, que tantas veces contempla a la luna desde el portal de su casa en las serenas noches de verano, la saluda llamándola *luna-abuela* (=Ilargi-amandrea), y elevando hacia ella sus manecitas, pídele nuevas del cielo.

El ambiente geográfico que rodea al habitante de los campos, contribuye a veces poderosamente a la conservación de las creencias y leyendas tradicionales.

Ve todos los días aquel puente medio derruido cubierto por la yedra y aquel viejo caserón de muros recios y tabiques de madera, y conoce quiénes pasan por el puente y quiénes viven en el caserón. Pero ha oído muchas veces que aquel puente fué construido por los *Mikolases*; que en el pozo que hay debajo de su arco vivían en otro tiempo las *lamiñas*, y que en aquellas aguas han observado muchos a las *sorgiñas* que lavaban la ropa a la luz de la luna. El caserón es obra de los gentiles, hombres de fuerzas descomunales. Las gruesas piedras sillares de sus cimientos fueron lanzadas a honda por ellos desde las cumbres de Aralar, Aizkofi, Gorbea, Oiz...

En las landas solitarias de los bosques se reúnen de noche las brujas: allí bailan e inventan maleficios de todo género.

Gauoko, genio de las tinieblas, no permite trabajar de noche fuera de techado, ni viajar por razón de alguna apuesta antes que amanezca.

En las cavernas abiertas en las desnudas peñas de los montes vasos vivía en otro tiempo *Tartalo*, monstruo antropófago de un solo ojo en la frente, o el terrible *Alarabi* de las leyendas de Markina, de un solo pie de forma redonda que, levantado en el aire cuando llueve, le sirve de paraguas.

El *Baxajaun*, de carácter maligno en general, vivía en los bos-

ques y cultivaba las tierras aun antes que nuestros antepasados conocieran el ciclo de las cosechas.

El cura *Mateo-txistu*, o el cazador errante, atraviesa velozmente los montes y los valles durante las largas horas de las noches invernales, cuando el viento sur agita fuertemente las ramas de castaños seculares.

Y *Mari*, el genio o la diosa *Mari*, todavía se pasea cabalgando las nubes, lanzando rayos, fraguando tempestades que asolan los campos, o castiga a los campesinos con pertinaz sequía.

Cada pueblo localiza la morada habitual de la diosa en alguna de las más célebres montañas de su comarca. Así, se dice que ella habita en los montes *Ori*, *Peña de Aya*, *Aralar*, *Murumendi*, *Aketegi*, *Aloña*, *Oiz*, *Anboto*, *Gorbea*, *Peña de Orduña*, etc. Larga serie de leyendas andan esparcidas acerca del carácter, ocupaciones y atributos de este genio, personificación de las fuerzas de la naturaleza, en cuya descripción no hace falta detenernos ahora (1).

Aún pudiéramos hablar de animales sagrados, de los *Prakagorri* o genios de los brujos, del *Erensuge* o la serpiente de siete cabezas, de *Ireltxos* o genios burlones que aparecen a los viajeros, de *Olentzero* cuya imagen es llevada en andas por los jóvenes durante la cuestación de nochebuena; de los *Gaizkiñak* o genios portadores de enfermedades, de la *Basoko Mari*, etc.

¿Quién sabe si aún continúan viviendo estos seres legendarios en las profundidades de las simas o en lo más recóndito de las selvas? Tal es la duda que empaña todavía las conciencias de no pocos.

Con todo, el mostrarse incrédulo en lo que atañe a la existencia de estos personajes, como lo hacen ahora casi todos, apenas provoca reacción alguna en los que todavía piensan y creen en ellos; lo cual revela ser escasa actualmente la potencia coercitiva de tales creencias: son leyendas que se esfuman, vibraciones que fueron intensas, hoy a punto de extinguirse (2).

(1) Acerca de esto puede verse un ensayo de investigación en mi trabajo *Mari o el genio de las montañas* (San Sebastián, 1923).

(2) Para más detalles véase mi trabajo *La religión des anciens Basques* (Enghien—Bélgica—, 1923).

Irreligión

Otro ambiente o forma social opuesta a la Religión Católica y aun a toda religión es la que asoma hoy en las aldeas; la cual con gran pujanza viene desenvolviéndose hace tiempo, paralelamente a la moderna forma social urbana de calles en línea recta, en las grandes poblaciones y centros industriales del país vasco: es la irreligión.

Este movimiento no responde aquí a ninguna forma tradicional, ni es autóctono; es artículo de importación. Bilbao, Gernika, Durango, Eibar, Bergara, Zumañaga, Beasain, Tolosa, San Sebastián, Irún, Pamplona, Alsasua, Logroño..., he ahí los focos más importantes que irradian las nuevas ideas a la aldea vasca y provocan importantes reacciones dentro y fuera de sus ámbitos. No es que en esas poblaciones los más sean irreligiosos: muy al contrario, la mayoría de sus habitantes profesa la fe católica. Pero también es cierto que núcleos importantes en número y actividad se muestran indiferentes en religión, y algunos son abiertamente anticatólicos, y trabajan con sus predicaciones, con su prensa y con su ejemplo por descristianizar el país.

En general, puede decirse (así lo demuestran los fenómenos que en este sentido hemos investigado en Ataun) que la indiferencia religiosa, siguiendo marcadamente el cauce natural de los ríos y de las grandes vías de comunicación, va suplantando a la religión cada vez más en los pueblos, lo cual nos revela un hecho importantísimo para la justa apreciación de la cultura actual: la transición del ambiente religioso a la indiferencia y a la irreligión. En efecto, aquellas manifestaciones espontáneas del espíritu religioso (prácticas que revelaban fe acendrada, como los numerosos actos individuales de religión, oraciones en familia, rogativas de iniciativa popular) tan frecuentes hace treinta años, escasean hoy tanto más cuanto que los actos de relajación son más numerosos. Ahora se oyen sin protesta frases equívocas que dejan entrever una conciencia que vacila en la fe, u otras en las que se afea la conducta de los ministros de la religión. He ahí un signo de la debilitación de la *forma social religiosa*.

Instrucción primaria

La instrucción primaria llega hoy a lugares donde no había penetrado todavía hace cincuenta años. Entonces había en San Grego-

rio una escuela mixta de párvulos; ahora son dos: una de niños y otra de niñas.

En aquella época no pasaban de veinte las personas que supiesen firmar; hoy saben leer y escribir todos—al menos los muchachos—antes de los veinte años.

Con todo, no es mucho lo que se lee, ni ello es destructivo de las *formas* sociales preexistentes: la influencia directa de la imprenta, como portadora de valores culturales, se limita a la enseñanza del Catecismo de la Doctrina Cristiana, a devocionarios (usados principalmente por las mujeres), a algunas vidas de santos, a *berso-beriak* (artículo que ya escasea) y a una docena de periódicos.

Las lecturas de otros libros, iniciadas por el niño en la escuela de primera enseñanza, apenas dejan en su espíritu un ligero vestigio que pueda trascender a su conducta, por hallarse todo escrito en castellano y ser el vascuence la lengua hablada en el pueblo. En esto, sin embargo, se ha operado un cambio considerable desde hace treinta años. Porque entonces era raro quien conociese el castellano y hoy llegan a conocerlo (aunque no sepan hablarlo corrientemente) casi todos los jóvenes.

Motivos decorativos

Determinado ideal de belleza y determinados gustos artísticos elevanse muchas veces a la categoría de formas sociales.

Las casas construídas modernamente tienen sus paredes exteriores enlucadas, todas son blancas. No así las antiguas. Estas, sin embargo, tienen también blanqueados los marcos de las ventanas de sus dormitorios.

Puertas, ventanas y aun paredes que ostentan rústicos dibujos hechos con cal; arcas y *argizaiolak* minuciosamente talladas; bastones y cayados de pastores finamente labrados, y los mil garabatos que los niños trazan en lienzos de pared y en losas de piedra, nos demuestran cuán importante papel desempeña en los gustos populares el signo de la cruz, como motivo de ornamentación inspirado e impuesto por el ambiente religioso.

El círculo, con rosetón o sin él, la espiral y el ajedrezado son frecuentes en las *argizaiolak* y arcas antiguas; no tanto en las produc-

ciones actuales, salvo en los yugos y en los frontiles en que todavía se ve muchas veces un motivo ornamental como el del ajedrezado, más parecido quizá al tejido de tiras de madera con que aún se fabrican las sillas y cestos de los caseríos, o al escamado de antiguos coseletes.

La ornamentación de forma de dientes de sierra es de las que más abundan. Véase en arcas, aparadores y sillas; en tiras de papel y manteles que cuelgan de las campanas de las chimeneas y de las rústicas camas antiguas; en rodetes que las mujeres colocan sobre la cabeza para apoyar herradas y cestas; en las entalladuras del extremo superior de la rueca, etc., etc.

Los pequeños huecos o ventanillas de que van provistas todavía muchas puertas y ventanas de los caseríos, son enteramente cuadradas o terminan arriba en arco redondo; antes terminaban en arco coponial casi todas.

Algo nos puede ilustrar también sobre cierto aspecto de gustos populares el hecho de que, a poco de nacer un niño, envuélvenle fuertemente la cabeza con un pañuelo para que no resulte alargada, y estíranle suavemente la nariz, con el fin de alargársela, con todo lo cual intentan que el niño se desarrolle conforme a su propio ideal o patrón de belleza.

* * *

Otras formas sociales estimulan y moldean todavía los pensamientos y las obras del individuo.

Aquí deberíamos describir los estilos y métodos en las construcciones y en las industrias, sobre todo en la agricultura, en el carboneo, en la fabricación de *txantól* o tabletas de embalaje, el vestuario, etc., en lo cual consiste no pequeña parte de la cultura de las aldeas vascas, particularmente la de Ataun; pero es imposible descender a tanto detalle en un trabajo como el presente.

Orientación actual

¿Cuál es la dirección del movimiento cultural del pueblo de Ataun? Es un movimiento de avance o de retroceso?

Ya hemos visto que el número de sus habitantes tiende a dismi-

nuir. Débese esto a la desbandada de la gente del campo hacia las grandes poblaciones y a los centros industriales.

Por otra parte el nivel de existencia, la riqueza media, la industria y los medios de comunicación y de transporte van aumentando; la agricultura y la ganadería se transforman y han llegado a un grado mayor de intensidad; los consumos se han acrecentado y aun mejorado. Pero, en general, hay menos apego a la vida tradicional de caserío; la labranza es considerada como ocupación menos digna, sumamente penosa, sucia y de poca retribución; la emigración a centros industriales es más activa.

La instrucción primaria se halla hoy más difundida que antes en lo que se refiere a leer y escribir; pero va en disminución en lo que atañe a la religión y a la moralidad.

Las prácticas externas de religión han aumentado; pero aquellas funciones religiosas consagradas por las tradiciones locales y aquellas otras de iniciativa popular van desapareciendo.

Los actos menos conformes con la religión, o aquellos otros que se oponen resueltamente a ella no provocan hoy protestas y reacciones tan enérgicas como antes. La indiferencia religiosa y la inmoralidad se propagan, a pesar de las predicaciones de los sacerdotes y del ejemplo y oposición resuelta de la mayoría de las familias.

Hace cuarenta años la tradición se imponía a los espíritus; hoy, al contrario, se va sintiendo la preponderancia de lo moderno y del ambiente externo, fenómeno que por sí revela un profundo cambio de orientación en la cultura.

Tales son los hechos sintomáticos más importantes de la actual civilización de Atáun y tales las señales dinámicas que nos muestran el sentido de su movimiento. Lo mismo podría decirse de las demás aldeas del pueblo vasco con ligeras diferencias que no modificarían el resultado.

Señálanse hoy como hechos sintomáticos de la moderna civilización occidental la disminución de la criminalidad violenta, de la mortalidad, de la natalidad, al mismo tiempo que una mayor difusión de enseñanzas relativas al aspecto profano de la vida (medios de producción, ciencias físico-naturales, artes, etc.) y de las ideas llamadas de-

mocráticas, y más despreocupación e ignorancia en materias de religión, propaganda irreligiosa y aumento de suicidios (1).

En los pueblos del país vasco que más detenidamente hemos estudiado durante varios años de investigación personal, difícilmente notaríamos el sentido de su movimiento cultural en cuanto a algunos de estos hechos sintomáticos que hemos mencionado. Sin embargo, si atendemos al estado de la instrucción profana, al cambio operado en el espíritu religioso, al avance de la irreligión y al desmoronamiento de la vida tradicional, podremos concluir que la civilización del pueblo vasco obedece en su desarrollo a los vaivenes de la civilización occidental.

(1) Alfredo Nicéforo: «Les indices numériques de la civilisation et du progrès», Paris, 1921.

III

ELABORACIÓN DE LAS FORMAS SOCIALES

Atribuir a los grandes hombres todo el mérito de las más hondas transformaciones sociales ha sido fenómeno corriente entre los escritores de biografías y crónicas de los estados. La historia de la civilización redúcese para muchos a la de los inventores y descubridores, a la de los teorizantes que con luz extraordinaria brillan de tanto en tanto en el campo de las disciplinas científicas. Diríase que todo el progreso se realiza por saltos, gracias sólo a aquellos genios privilegiados que vinieron a ilustrar el mundo.

Hoy vamos corrigiendo este modo de pensar. En toda producción, sea artística o científica, dejan sus huellas el hombre, la época, el lugar y el individuo. Las grandes iniciativas, los portentosos descubrimientos, las maravillas de la humanidad no han sido, en general, creaciones puramente personales y exclusivas de inteligencias-cumbres. Estas no han dado quizá más que el último retoque a la cadena de invenciones cuyos eslabones habían sido ya forjados lentamente, silenciosamente, por larga serie de generaciones que fueron y ya no son.

Medítese sobre uno cualquiera de los descubrimientos que han revolucionado las ciencias o las artes; interróguese sobre sus orígenes. Luego se verá cómo el tal descubrimiento ha sido un mero coronamiento de innumerables esfuerzos realizados quizá por quienes nunca soñaron en semejante resultado. De esta suerte, los grandes contrastes han ido desapareciendo del dominio de las ciencias históricas.

Muchas de las teorías que han pretendido pasar por concepciones sintéticas de los fenómenos físicos y aun del universo entero, bullían ya antes, más o menos confusamente, en multitud de inteligencias; estaban en la atmósfera intelectual de la época: eran formas sociales. Aquellos sabios que, más sensibles a los latidos del ambiente científico, haciéndose eco de sus voces, las concretaron, las individualizaron y las lanzaron al público, han sido considerados como sus únicos descubridores.

Mas ahora se dice que el mundo griego se filtró a través del portentoso genio de Homero, constituido en centro del pensamiento y del sentir de su siglo y de su pueblo; que Fidias era un genio eminentemente conservador, atento a las tradiciones religiosas y locales, mucho menos creador de lo que se había creído, en la invención de las actitudes y de los movimientos (1); que cada artista y cada científico continúa la obra de sus predecesores y que la originalidad, tal como se ha entendido hasta ahora, es pura ilusión.

Sin embargo, erraríamos si atribuyéramos al individuo una actitud meramente pasiva y expectante en el desarrollo de la civilización. Algo hace el individuo. Sus actividades no se pierden, no se aniquilan en el seno de la sociedad. El papel de los grandes hombres queda un tanto reducido, es verdad; el de los mediocres, cuyo único mérito consiste muchas veces en no hacer pecados de comisión, queda mucho más reducido todavía; mas no completamente anonadado.

Para apreciar debidamente la influencia de los factores personal y colectivo en los elementos de la cultura actual, sobre todo en los de creación contemporánea, podríamos acudir a esas producciones más o menos brillantes y aristocráticas, espuma de la moderna civilización occidental: renacimiento de la arquitectura religiosa medioeval, palacios de comunicaciones, rascacielos, bancos, estaciones de ferrocarriles, trasatlánticos, concepciones relativistas, etc., etc.

Mas esto tiene un grave inconveniente que fácilmente podría comprometer el éxito de la investigación. Tales producciones son resultado de complejísimas influencias que, por lo mismo, dificultan sobremanera la solución del problema de sus orígenes. Por eso debemos interrogar al pueblo, observar atentamente el funcionamiento de su vida, la cual es siempre menos complicada y más espontánea y natural que la de los hombres cultos.

Origen de las formas sociales

¿De dónde se originan las formas sociales? ¿Son acaso especies nuevas, o son simplemente la suma o el resultado de la yuxtaposición y adición de formas individuales?

(1) W. Deonna: *Les Lois et les Rythmes dans l'Art*, págs. 46-47. París, 1914.

En la resolución de estos problemas la ciencia moderna, o mejor los científicos modernos, andan por diversos caminos. Los antropólogos ingleses, los de la antigua escuela, trataron de resolverlos partiendo de la psicología individual, del interior, «from the inside» (1) y hacían intervenir factores psicológicos individuales como más fundamentales en el origen y desarrollo de las formas sociales. Análogo es el método que sigue W. McDougall (2). Es diferente y aun opuesta a este método la posición de Wundt (3), y, sobre todo, la de Durkheim (4) para quien los hechos sociales son especies aparte, cuyo origen no se ha de buscar sino en otros hechos igualmente sociales.

Nosotros no aspiramos todavía a tales generalizaciones, siempre expuestas a nuevas revisiones y enmiendas.

No queremos salir del terreno de los hechos, y dentro de él nos contentaremos, cuando llegue el caso, con haber vislumbrado las más fáciles e inmediatas conclusiones que de su investigación se desprendan.

Por eso citaremos aquellos fenómenos que mejor parezcan prestarse a revelarnos cómo se han engendrado algunas de las formas sociales o modalidades culturales en nuestras aldeas, e indagaremos, al mismo tiempo, cómo se presentan ciertas iniciativas individuales y a qué manifestaciones han dado lugar en el seno de la colectividad.

El profetismo en Durango

Era el año de 1877. Había terminado ya la segunda guerra carlista.

Por aquel entonces gozaban de mucha popularidad en el país vasco varios adivinos que el pueblo llamaba «profetas»: el «profeta» de Bergara, el de Mendata, el de Durango, etc.

Un aldeano, que vivía en Malabia, apodado el «Manzanero», por haberse dedicado años atrás a la venta de manzanas, sentíase, no sólo vulgar adivino, sino reformador de creencias y costumbres. Vivía con su mujer y un hijo, niño de corta edad, de quien uno de mis in-

(1) R. R. Marett: *The Threshold of religion*, pág. 122 y siguientes (Londres, 1914).

(2) *An Introduction to social psychology*, págs. 325-351 (Londres, 1924).

(3) *Völkerpsychologie*, I., pág. 18. Stuttgart, 1921.

(4) *Les règles de la Méthode sociologique*. París, 1919.

formantes dice que era tuerto. Comenzó sus predicaciones en el mismo pueblo de Malabia, inculcando a sus paisanos la proximidad del fin del mundo y del juicio final y la inutilidad de los bienes materiales. La oposición que estas doctrinas hallaron en la conciencia pública manifestóse con tal violencia que el predicador fué expulsado a pedradas de su pueblo. Se trasladó con su familia a Durango, donde se alió con el «profeta» que allí ejercía el oficio de adivino. Este emprendió con entusiasmo la propagación de las nuevas doctrinas sobre la proximidad del juicio final y la necesidad de abandonar los bienes materiales y de ayunar y disciplinarse. Enseñaba, además, que el «Manzanero» era San José, su mujer era la Virgen y el niño tuerto era Jesús.

A estos innovadores se atribuye también la predicción de que un río de sangre ha de bajar de Urkiola y que los montes *Oiz* y *Anboto* han de chocar entre sí.

Tales ideas fueron propagadas principalmente entre la gente campesina de los contornos de Durango. A consecuencia de ellas, algunos aldeanos abandonaron sus bienes y haciendas para seguir su imaginada vocación de peregrinos y «profetas».

El «Manzanero» con su familia, el «profeta» y varios discípulos hasta el número de diez y ocho, hacían vida común en el piso 2.º de una casa de *Artekale* que hoy lleva el n.º 26. En ella había una habitación reservada al «profeta», donde eran recibidas todas las personas que acudían a él a consultar sobre enfermedades, hurtos, etc.

Los directores de este movimiento pretendían hallarse en comunicación con los ángeles, de cuya visión gozaban frecuentemente, sobre todo, cuando hacían oración en el desván de su casa.

Una de las prácticas religiosas de su devoción era el Rosario, que rezaban todos los secuaces, mientras se dirigían en ordenada fila desde *Artekale* hasta las puertas de las iglesias de Tabira, llevando en su compañía a la supuesta Virgen, mujer del «Manzanero».

En sus oraciones se notaba una cosa singular: nunca rezaban el *Gloria*.

Enfermó el «profeta», pidió que un sacerdote católico le administrara los últimos sacramentos; mas no se accedió a sus deseos hasta

que hubo sido sacado de la casa de *Artekale* y trasladado al hospital del pueblo, donde murió reconciliado con la Iglesia.

A la muerte del «profeta» intervino el poder civil en el asunto a petición de la autoridad eclesiástica, y fué expulsada de Durango la familia del «Manzanero» y ante la persecución, se dispersaron sus discípulos, volviendo los campesinos a labrar sus tierras y a apacentar sus rebaños.

* * *

Este brevísimos relato del profetismo durangués nos muestra cómo se creó aquella modalidad cultural, o mejor dicho, aquella secta religiosa.

Los elementos fundamentales de sus creencias y prácticas estaban inspirados en una forma social preexistente, en la religión cristiana; pero su última determinación, su característica orientación y algunos pormenores de menos monta eran de creación puramente individual. Ciertamente, la creencia de que el hijo del «Manzanero» era el mismo Jesucristo reencarnado, no era ninguna imposición de formas sociales anteriores, sino pura invención del «profeta» o de la supuesta sagrada familia. Lo mismo se ha de pensar acerca de las adivinaciones sobre enfermedades, pérdidas y hurtos, y de las creencias sobre la necesidad de abandonar todos los bienes materiales como perjudiciales al alma, etc. Podemos, pues, asegurar que en el primer impulso que inició abiertamente la expansión de estas novedades, hubo intervención del alma individual. Aquí la potencia creatriz primaria era el «Manzanero», ayudado poderosamente por el «profeta». Con la predicación, con el ejemplo y con las prácticas adivinatorias, muy en boga en aquel tiempo entre los aldeanos, se difundieron las creencias en cierto sector popular.

Entre los adeptos se formó íntima comunidad de ideas y sentimientos, que llegó a cristalizar en una institución. Era ésta la pequeña comunidad de *Artekale*, que fomentaba entre sus miembros fe ciega en sus doctrinas y espíritu de propaganda.

El profeta de Mendata

Durante la última guerra civil carlista apareció otro «profeta» en el pueblo de Mendata (*Bizkaya*) cerca de Gernika.

He aquí cómo se le dió a conocer su extraña vocación, según lo refieren actualmente quienes le conocieron y le trataron.

Llamábase Hilario de Intxausti. Era natural y feligrés de Mendata, barrio *Mendaturi*, caserío *Etxebari*, y como labrador que era, se dedicó a cultivar sus tierras en toda su vida. Sabía leer; pero nunca se supo que hubiese leído otros libros que algunos devocionarios corrientes, ni que hubiese recibido instrucción extraña ni superior a la que por entonces se daba generalmente a personas de su condición social.

En ocasión de hallarse enferma una hermana suya que vivía casada en el caserío *Salbide*, del pueblo de Kortezubi, fué un día a visitarla, deteniéndose allí hasta la media noche. Entonces determinó volver a Mendata.

Se le opuso su cuñado, marido de la enferma, diciéndole que era ya tarde para emprender la vuelta. Mas él le contestó que sólo temía a Dios, y tomando un palo en la mano, partió camino de Mendata.

Al pasar junto a la ermita de Santa Ana, que está en la jurisdicción de Kortezubi, se le apareció una mujer desconocida que, después de saludarle, le preguntó a dónde iba.

—Voy a Mendata, le contestó Hilario.

—También yo, le replicó la mujer.

Entablada así la conversación, se dirigieron ambos a Mendata, pasando junto a la iglesia de Afázua. Entonces la mujer reveló a Hilario muchas cosas que habían de acontecer. «En lo venidero, le dijo, serán construídos muchos caminos, los cuales se cruzarán en multitud de sitios, y se abrirán tabernas en casi todas las casas (1). Los liberales dominarán en España y la empobrecerán. Muchos pueblos guerrearán unos contra otros, pero España no entrará en la contienda con ellos, sino que sostendrá guerras con los moros. Los liberales emigrarán a países extranjeros. Si vuelve a surgir otra guerra civil entre los liberales y demás habitantes de España, los moros entrarán

(1) Esta predicción es popular en muchos sitios del pueblo vasco, y la tengo por anterior al «profeta» de Mendata. En Ataun se dice que las señales del próximo fin del mundo serán: *aién aién dendea, kamiðk gútzau, ta labén iraur-ketea* (=tienda en cada puerta, cruzarse las carreteras y la trilla en el horno). Lo mismo dicen en Zeanuri.

una noche en esta nación por el lado de oriente. Entonces España entera irá contra los moros y la guerra será horrorosa, sobre todo en Bilbao, donde correrá la sangre como las aguas de su ría; y si los malos no son vencidos, Dios hará que la ciudad se hunda debajo de la tierra. Los sacerdotes empezarán a rezar tres *Ave Marias* después de cada misa, y establecerán muchas cofradías piadosas; pero la gente se apartará cada vez más de la religión; los hombres olvidarán la doctrina cristiana, sólo algunos aldeanos la conservarán. Entonces será libertado el Papa, y por encargo de éste unos aldeanos propagarán la doctrina cristiana.» (1)

En esto llegaron a una encrucijada ambos caminantes, y se despidieron.

Según otra versión, referida este mismo año de 1924 por Tomás de Kobeaga, vecino de Kortezubi, el mencionado Hilario de Intxausti, yendo de noche a Mendata, tropezó con un hombre cojo quien le acompañó en el camino enseñándole el arte de adivinar. Cuando hubieron llegado ambos cerca de una taberna, Hilario invitó a entrar en ella a su acompañante a echar un trago de vino. Mas él le contestó que jamás había probado vino, y en diciendo esto desapareció.

Cuando Hilario llegó a su casa halló su habitación iluminada como si fuese de día.

Desde entonces empezó a adivinar cosas ocultas y luego se extendió su fama en los pueblos de alrededor. Acudía a él mucha gente deseosa de averiguar el paradero de animales y objetos desaparecidos y de hombres; sobre todo de los movilizados con motivo de la guerra, cuya suerte se ignoraba.

En cierta ocasión, hallándose en el caserío *Pozueta* de Muxika, dijo a unos soldados carlistas que fueron allí a beber chacolí: *Karlístadiä aztu eingo da ta gero paräuko da biär dana* (=el carlismo será olvidado, y luego se establecerá lo que sea preciso).

En su tiempo fué establecida en Mendata la Congregación de Hijas de María, y no permitió entrara en ella su hija; porque decía que tales Congregaciones y Cofradías serían vanas, puesto que sus miem-

(1) Algunos datos de esta relación son indudablemente elaborados en tiempo posterior al del «profeta».

bros irían por la mañana a la iglesia a adorar a Dios, y a la tarde a la romería a servir al diablo.

Anunció que ya estaba próximo el fin del mundo, y que luego vendrán muchos predicadores malos y también Jesucristo; que aquéllos obsequiarán a sus discípulos con manjares exquisitos, pero que Jesucristo se mostrará más modesto y a sus seguidores dará pan y queso.

No cobraba las consultas; pero a su casa llegaban regalos abundantes: gallinas, pollos, etc.

No tuvo espíritu de proselitismo tan poderoso que le obligara a salir de su casa a adoctrinar a la gente: sólo se contentó con predicar y difundir entre los muchos que a él acudían, sus extravagantes ideas, poco conformes con las doctrinas de la Iglesia Católica tradicionales en el país.

Atisbos de innovación religiosa en Motriko

Un movimiento, probablemente de menos importancia que los anteriores, pero que se muestra con caracteres de verdadera forma social, es el que en estos últimos años ha surgido en Motriko.

Este movimiento, que puede ilustrarnos algo en lo que al origen de los fenómenos sociales se refiere, fué iniciado por una mujer, natural de aquel pueblo, que hoy frisa en los 55 años de edad.

De familia labradora, pasó esta mujer los primeros años ocupada principalmente en trabajos propios de caserío. Como eran piadosos sus padres, recibió una esmerada educación religiosa. Asistió a una escuela privada que a la sazón regentaba en el pueblo una virtuosa señora llamada D.^a Bernardina Peña: allí aprendió las primeras letras y se perfeccionó en la doctrina cristiana.

Después entró a servir en una casa particular de Bilbao, donde pasó media docena de años. A su regreso, abrió en el caserío de sus padres una escuela rural en la que enseñaba a los niños y a algunos adultos las primeras letras y el catecismo.

Casada más tarde con un vecino de Motriko, se dedicó a labores propias de su sexo.

Su familia, sobre todo sus hijos, adoctrinados por ella, se han distinguido por su piedad y arraigadas creencias religiosas. No sabemos, ni es probable haya recibido ella en materia religiosa, más influencia

externa que la ordinaria de la Iglesia Católica por medio de sus ministros. De lecturas, según confesión propia, y por lo que de otras fuentes sabemos, no usa más que un devocionario católico, la revista de misiones católicas «La Obra Máxima» que sale en Pamplona bajo la dirección del P. Juan Vicente y el semanario católico *Argia*.

Ni en sus creencias, que eran católicas, ni en su conducta, a todas luces irreprochable, se notó ninguna singularidad hasta hace tres años. De entonces acá ha hecho diversas manifestaciones, algunas de las cuales tienden a transformar el ambiente religioso del pueblo.

Intentó fundar una *Congregación de agonizantes*, cuyos miembros habían de llevar continuamente una cinta blanca.

Trabajó por reunir a varias mujeres con el fin de rezar el Rosario diariamente en la iglesia parroquial durante la primera de las misas que se celebran en ella.

Emprendió la organización de devotas peregrinaciones que habían de subir todos los viernes a la ermita del Santo Cristo situada en el pueblo, haciendo el ejercicio del *via-crucis* en el recorrido: para lo cual ella misma convocaba a la gente en la iglesia parroquial.

Reunió un grupo de jóvenes que recorriera con ella el pueblo cantando versos de Santa Agueda, a fin de recaudar dinero para misiones, como en efecto lo hizo.

Dió conferencias en su casa, invitando personalmente a las jóvenes y aun a varias casadas y a hombres para que acudiesen a ellas.

Los puntos capitales de la doctrina que exponía y que todavía continúa defendiendo con un tesón y constancia extraordinarios, son los siguientes: 1.º no hay Dios; 2.º sólo existen cinco seres superiores a nosotros, representados por los cinco dedos de la mano, a saber: María, Jesús, José, Joaquín y Ana; 3.º se ha de hacer uso de la cruz sin el crucifijo: la forma ordinaria de representar a Jesús en la cruz es indecente; 4.º lo que ella enseña y practica le ha sido inspirado por María.

Este movimiento chocó desde un principio con las creencias religiosas del pueblo, dando lugar a diversas clases de reacción, incluso a la intervención del juzgado, lo cual no arredró a la visionaria.

Con todo, la supuesta vidente o inspirada consiguió ganar a su partido a algunos de sus familiares; y varios de sus paisanos, un tanto indiferentes en religión, asienten a sus doctrinas.

Lanza giratoria del rodillo

También en otro orden de cosas se observan fenómenos sociales como los anteriores. Me fijaré solamente en el descubrimiento y difusión de la lanza giratoria del rodillo.

El rodillo de piedra que se usa para allanar la tierra en las piezas de cultivo, es reciente en San Gregorio de Ataun. Hace treinta años apenas se empleaba para destripar los terrones otro método que el de deshacerlos golpeándolos uno por uno con mazas de madera llamadas *sokorjotzekòk* (=los [instrumentos] de herir los terrones).

La lanza o viga central del rodillo se halla rígidamente unida a lo restante de la armadura, circunstancia por la cual, al emprender la vuelta después que se haya llegado al extremo de la pieza en que se trabaja, es preciso hacer que el aparato gire sobre sí mismo con verdadero peligro de romperse las tréchorías, o que se dé un rodeo, cosa harto difícil en las cuestas. Para obviar estas dificultades, el vecino Felipe de Albisu, labrador del caserío *Itzagarate*, ideó y construyó una armadura de rodillo en la que la lanza estuviese fija o girase, a discreción del conductor, en el centro del travesaño de cuyos extremos descienden las trechorías. De esta suerte no es necesario que gire sobre sí el rodillo ni que se dé ningún rodeo, cuando se quiere volver en dirección opuesta a la en que se haya trabajado.

Como se ve, no se trata de una aplicación mecánica en absoluto desconocida; pero sí lo era en los rodillos, al menos para los labradores de Ataun y de otros pueblos vecinos.

El descubrimiento de Albisu empezó luego a difundirse: hoy se emplean ya rodillos de su sistema en Ataun, Lazkano y Zaldibia.

* * *

Los datos precedentes nos muestran, sin duda, cómo se han elaborado algunas formas sociales de las más elementales; pero antes de recoger las conclusiones a que su investigación nos conduce, hemos de observar otro fenómeno, el de la difusión de los elementos culturales, cuyo estudio ha de contribuir seguramente a una mejor inteligencia de este problema de la elaboración y de los orígenes.

IV

EXPANSIÓN DE LA CULTURA

Creado un elemento de cultura, luego empieza su difusión.

Esta difusión puede ser cronológica o en el tiempo, y también espacial. Vamos a describir algunos casos en que el fenómeno se nos muestra más patente, y cuya acertada interpretación contribuya a esclarecer las corrientes que predominan hoy en el pueblo vasco y los motivos que las determinan.

Difusión cronológica

Casi toda la cultura actual es creación de otros tiempos. Las formas sociales que más caracterizan al pueblo de ahora, eran conocidas por la generación pasada: nosotros las recibimos de los antepasados; nosotros no las hemos elaborado. Pero también podríamos decir que no son absolutamente exteriores al individuo ni totalmente independiente de él, como ya se deja vislumbrar en los fenómenos sociales que llevamos descritos.

La simpatía social en la familia

La difusión cronológica de la cultura, por medio de la tradición, se realiza primeramente en la familia. Si bien se observa, casi todo el proceso de la educación de un niño consiste en comunicarle las formas sociales preexistentes: en imponérselas. La enseñanza de la lengua, de la religión, del respeto a sus semejantes, de prácticas piadosas, de labores de campo, de juegos, etc., etc. ¿qué otra cosa es sino la difusión cronológica de la cultura, la imposición de formas sociales que ya existían?

Los preceptos y consejos con que los padres excitan y encauzan la actividad del niño, van acompañados de gestos apropiados. Cuando tratan de apartarlo de actos nocivos a su salud o a sus creencias y costumbres, se lo indican, no sólo con palabras que ilustren su inteligencia, sino también con gestos que puedan despertar en su alma sentimientos de aversión. La formación del niño consiste generalmente en moldearlo a imagen de sus padres. Los primeros pasos de su vida se desarrollan a compás con la vida de sus padres. Es tierna planta, cuyo desarrollo realizase en la dirección en que la luz le solicita y con el mismo ritmo con que las estaciones y los meteoros le bandean.

De esta suerte la educación del niño se halla saturada del ambiente que se respira en la familia; se desenvuelve al unísono con las ideas y sentimientos que predominan en la familia. De ahí el profundo significado de aquél refrán de Lañabetzua, Oñate y otros pueblos del país vasco: *Umean sentzune, etzean entzune* (=el juicio de los niños, lo en casa oído).

Así, pues, la primera simpatía social que agita las almas, las primeras formas sociales que despiertan sus facultades, son de orden puramente familiar. Y los medios de conseguirlo son siempre los mismos: el ejemplo, la palabra, el gesto.

Y el vasco de aldea apenas recibe hasta los doce o quince años de su edad otras influencias que pesen de modo apreciable en su porvenir.

Es esta simpatía social de la familia la que deja huellas más profundas en la mayor parte de los casos, sobre todo en los hijos de los caseríos, por ser la más intensa, la más continua, la más íntima, casi la única que por largo tiempo alimenta la vida del hombre. Por eso, si alguna vez la nostalgia del tiempo y de su país se apodera del vasco, alejado de sus tierras, es principalmente la nostalgia de su familia y de su caserío.

Y en lejanas tierras, a donde la fortuna o la desgracia le llevó, recuerda aquellos versos populares, atribuidos a un desterrado:

*Ez diet egunik,
Ez eta aratsik
(Sinista nazak ik),
Pentsamentuz itxera
Jon gabetanik.*

No tengo día,
Tampoco noche
(Créemelo tú),
Que, en pensamiento, a casa
No haya ido.

Simpatía ultra-familiar

Además de la simpatía social de la familia, hay otras más amplias, cuyo influjo, menos intenso en el niño de caserío que en el de la calle, adquiere alta importancia para todo individuo desde aquella época de su vida en que un ancho horizonte de relaciones nuevas ve abrirse paulatinamente ante sus ojos. Tales son sus relaciones con la vecindad, con la parroquia, con el pueblo, cuyas formas sociales, procedentes también, en casi la totalidad de sus aspectos, de otras generaciones, se le imponen, unas veces con estrecha obligación que constriñe a su conciencia, otras menos imperiosamente, pero siempre con una continuada insistencia.

Es corriente el hecho de que los niños de los caseríos hablen sólo el dialecto de sus padres, mientras que los de la calle hablan el que en la calle predomina y no el de sus padres, a menos que éstos pongan cuidado muy especial en enseñárselo el suyo y aislarlos del ambiente exterior. Hemos conocido en algunos caseríos de Ataun a niños que, por la pronunciación y el acento de su lenguaje, diríase que habían sido criados en Zegama: es que sus padres eran de este pueblo. También hemos conocido en la calle a niños que sólo sabían hablar el dialecto de Ataun, sin embargo de ser zegameses sus padres.

Estos casos nos revelan en cuán diferente grado el ambiente familiar y el del pueblo influyen en el individuo, según que éste viva en el caserío o en la calle: hecho que hemos de tener presente para justipreciar en cada caso el fenómeno de la difusión cultural.

* * *

¿Cuáles son las formas sociales que la tradición ha hecho llegar a nosotros? Enumerarlas todas sería imposible: sólo citaremos algunas.

Figurémonos un habitante de Ataun. La Religión católica se impone a su conciencia; sus enseñanzas las ha recibido directamente de sus padres, de sus sacerdotes, de sus vecinos: a impulsos de esta religión ha desarrollado su vida. Apartándose de ella se expone, no sólo a las iras de la conciencia pública, sino a caer bajo las sanciones que que Dios tiene establecidas contra los réprobos.

Otras formas sociales hay que se hallan protegidas y sancionadas por las leyes civiles. Pero más, mucho más, son las que, sin estar

consagradas por la ley, contribuyen a moldear la mentalidad del pueblo y del individuo.

La costumbre de usar ropa negra en significación de duelo a la muerte de un pariente; la de invitarse mutuamente los vecinos con ocasión de banquetes y fiestas familiares, como de nacimiento, bodas, despedida de soltero; el sistema monetario empleado, la escritura usual, las prácticas profesionales, construcciones de casas y re-diles, la red de caminos, de teléfonos, son formas sociales que vienen de tiempos pasados. No es que de no amoldarse a muchas de ellas se sigan al individuo perjuicios en sus bienes, ni que los demás puedan proceder contra él judicialmente y castigarle; sino que su conducta extravagante haría reír o murmurar a sus vecinos, éstos le harían el vacío, le reducirían a la más triste soledad, causando menoscobo a su tendencia asociativa.

Por eso, al solo pensamiento de romper la costumbre, de ir contra el ambiente, surge imperioso en su conciencia el terrible *¿qué dirán?* Si no hablo vascuence con acento propio del pueblo; si no trabajo los días de labor; si trabajo en la pieza con traje de fiesta *¿qué dirán?* Si no saludo a los parroquianos y conocidos; si beso a personas mayores, aunque sean padres o hermanos; si no uso con otros el tratamiento que les corresponde *¿qué dirán?* Si no uso boina, sino sombrero; si no me afeito el bigote, antes lo dejo como los señoritos; si uso bastón en la mano, anillo en el dedo o gasto ropas y modales de mujer siendo hombre *¿qué dirán?*

De esta suerte iríamos viendo cómo el alma de cada uno está influida por innumerable multitud de formas sociales que nos ha legado la tradición y es receptáculo de variadísimas vibraciones espirituales. (1)

Los individuos entran en relación con las formas sociales en las

(1) No se crea que este modo de reacción sólo se observa en las aldeas, porque sólo aduzco ejemplos recogidos en ellas. En las ciudades se muestra más imponente y adopta formas infinitamente variadas. Cuando Corneille, después de sus más vigorosos dramas, tuvo que pedir humildemente el dictamen de la pedantería oficial para convencer a ésta de que aquéllos no eran producto del genio, sino del arte, y suplicar que se le perdonara el haber sido grande, no hacía sino reconciliarse con el ambiente, con una forma social preexistente.

familias, en la iglesia, en la escuela, en el trato con sus vecinos y parientes, por medio de la palabra, del gesto y del ejemplo.

Difusión espacial

Los casos y consideraciones precedentes nos dicen cómo se difunde la cultura en el tiempo y cómo muchas formas sociales, esencia de nuestra cultura, han llegado hasta nosotros de generación en generación.

Observemos ahora algunos casos de difusión de elementos culturales en el espacio.

Es éste un asunto tanto más importante cuanto la manía de hacer descripciones totales o parciales de la actualidad cultural con el intento de conocer los antecedentes y causas de una situación, de marcar su rumbo en el porvenir, ha estado siempre de moda entre los intelectuales, y lo está de modo muy especial en nuestros días.

Con frecuencia oímos hablar del ambiente, de la atmósfera social, de las aficiones y gustos del público, de la marcha de la opinión, de los vaivenes de la moda, del espíritu de la época, de las corrientes del siglo, de la conciencia pública, del carácter de las razas y de los pueblos. Por lo que llevamos dicho se comprende que por estas palabras se expresan formas sociales más o menos complicadas y que, como tales, obedecen a los mismos resortes en su difusión y desarrollo en la gran urbe como en la aldea.

Siguiendo un método puramente objetivo, describiremos algunos hechos, y trataremos de interpretarlos del modo más obvio, huyendo explicaciones subjetivas y posibilidades psicológicas.

Medios de comunicación y de transporte

Hasta la penúltima década del siglo pasado no existió un servicio regular de coches entre Ataun y el F. C. del Norte. Fué más tarde cuando la fonda de *Miravalles* puso un coche que saliera todos los días a la estación de Beasain.

Hace quince años eran todavía muy contadas las personas del

pueblo que hicieran uso de él: su número no pasaría de treinta: eran las más ricas y significadas del pueblo.

El viaje de ida y vuelta a la estación que dista seis kilómetros, se hacía en general a pie, o cuando más, en alguna caballería: lo mismo se diga de otros trayectos equivalentes y aún algo mayores.

Cuando empezaron a funcionar los modernos talleres y fábricas de Beasain y Villafranca la masa obrera de Ataun, ocupada antes casi exclusivamente en carbonear y serrar en los montes, inició su movimiento hacia aquellos centros industriales; pero sin trasladar a ellos su domicilio. El viaje diario a Beasain o a Villafranca resultaba penoso. Algunos resolvieron el problema adquiriendo bicicletas; mas esto era costoso. Luego surgió otra solución más cómoda y poco costosa: un coche exclusivamente para obreros empezó a circular entre Ataun y Beasain. Fué ampliado este servicio, hará de esto ocho años, llevando gente a la feria de Villafranca, que se celebra todos los miércoles del año. Era poco lo que costaba este viaje; además era cómodo y rápido. Lo que se daba al coche se ahorra en tiempo. Con todo, al principio parecía a los más un lujo viajar en carruaje, cuyo uso consentíase sólo a personas adineradas. La murmuración se cebó en los primeros que osaron subir a él: decíase que eran poco sacrificados y *aundinaikos* (=megalómanos). A pesar de esta oposición, la clientela del cochero fué en aumento. Fué preciso que el coche multiplicase sus viajes a la feria. En este servicio se emplean hoy dos coches tirados por mulas y tres automóviles. Ahora es tenida como rara y miserable la persona que hace a pie el viaje a la feria de Villafranca, salvo en los casos en que haya que llevar algún animal o se tenga caballería en que montar. El uso del coche para ir a la feria se impone, pues, a los individuos, so pena de tener que arrostrar las maledicencias del público.

Resumiendo la historia del caso, diremos que una forma social—el uso del nuevo medio de comunicación, del coche—apareció respondiendo a un problema de orden económico, a una tendencia cuyas manifestaciones fueron extendiéndose y definiéndose más, después que apareció la solución.

Instrumentos de cultivo

El layar la tierra ha sido considerado por el labrador de Ataun como el mejor medio de prepararla para la siembra de trigo y de maíz.

La laya no pudo ser suplantada ni por el antiguo arado llamado *narpargoldé*, ni por el *prantzesgoldé* que hizo allí su aparición hace treinta años. Pero el moderno *golda-aundi* de anchas vertederas y ruedas de hierro, lleva trazas de desterrarla.

Un labrador de San Gregorio introdujo hace siete años este último arado. Lo había visto usar en Nabaña. Como le costase mucho dinero el layar sus tierras por haber de servirse de peones para ello, adquirió uno en Pamplona y luego empezó a labrar con él sus heredades. Al principio fueron objeto de críticas, tanto el arado como su dueño, de parte de los demás labradores que juzgaban deficiente el nuevo método de arar la tierra, y de poca experiencia al que lo había adoptado. Decíase que el *golda-aundi* dejaba planchado y apelmazado el subsuelo y que, removiendo demasiado la tierra, sacaba a la superficie la capa inferior estéril. Con todo, como el dueño del primer *golda-aundi* no se ha apeado de su modo de obrar, ni la experiencia ha confirmado plenamente las preocupaciones que se le oponían, y por otra parte sigue siendo verdad que el uso de la laya es más costoso, hoy son muchos los labradores de San Gregorio que trabajaban con el nuevo arado, pidiéndolo prestado a los dos o tres vecinos que lo poseen. Las causas principales de su escasa difusión son ahora su elevado precio, que no bajará de 300 pesetas, y el ser muy reducidas las labranzas que por allí se estilan.

También aquí podemos decir que una forma social—el uso del nuevo arado—surgió como respuesta a una tendencia, la cual fué ganando en relieve y amplitud después que vino la solución.

Abonos minerales

El empleo de abonos minerales data en Ataun desde los últimos años del siglo pasado. El primer vecino que los usó y los dió a conocer fué el del caserío *Etxetxo*. Como, además de labrador, era tratante de ganados, frecuentemente iba a Pamplona, donde se hospedaba en casa de un almacenista llamado *Domingotxiki* que vendía, entre otros artículos, abonos minerales. El tratante de *Etxetxo* adquirió una modesta cantidad y realizó con ella sus primeros ensayos en pequeñas parcelas de alfalfa, después en la yerba y más tarde en otros cultivos. La mayor parte de los labradores se resistían al empleo de ta-

les abonos, pretextando que éstos robaban a la tierra toda virtualidad y que a la larga lograban agotarla completamente. Sin embargo, la tenacidad con que continuaban usándolos y aun la propaganda que hacían de ellos los primeros que los adoptaron, y los resultados de la experiencia disiparon poco a poco estas preocupaciones. Hoy los abonos minerales han entrado ya en todas las casas de labradores. Con ellos se abonan la alfalfa, la yerba, la remolacha, la patata, el nabo, el maíz y el trigo.

Como se ve, la difusión del uso de abonos minerales entre los labradores de Ataun ha seguido un proceso análogo al del arado moderno y al de los coches de feria. El mismo fenómeno lo he podido comprobar también en Kortezubi (Bizcaya).

Artículos de consumo

Hasta hace veinte años el uso de café se permitían los labradores sólo en días excepcionales (fiesta del patrón de la parroquia, bodas, *martôpil* o banquete para festejar un nacimiento, día de Navidad). Por aquella época empezaron a tomarlo diariamente por las mañanas en algunas familias. Estas eran tenidas por eso como más viciosas. De ellas se decía que eran *tripazaiek*, que quiere decir apacentadoras del vientre, y se condenaba el vicio. Pero el ejemplo fué cundiendo. Además, el nivel de existencia (*standard of life*) que iba subiendo rápidamente, le era favorable. Los murmuradores fueron enmudeciendo. Hoy el uso diario del café es general en las familias de labradores.

Vestidos

La difusión de nuevas modas en el vestir se ha ajustado a un proceso semejante al de los casos anteriores.

Fijémonos en una prenda del vestuario usado en los funerales.

Hace veinticinco años los hombres que asistían a un funeral vestían capa española. Quien no la poseía, la pedía prestada a algún amigo; pues de no usarla, exponíase a chocar contra el ambiente.

Más tarde empezaron a verse casos en que algunos forasteros primero y los más significados del pueblo después, asistían a los funerales vestidos de traje negro sin capa. De los primeros obreros y

abradores que abandonaron la capa, se decía que intentaban distinguirse y querían pasarse por ricos.

Hoy no se ve ya ninguna capa. Quien la usara, provocaría la hilaridad de todos y sería tenido como extravagante.

Lenguaje

La lengua castellana no la conocían en Ataun hace cuarenta años más que los curas y algunas personas ricas, quienes la usaban frecuentemente en sus mutuas relaciones. Por eso, sin duda, era considerada por todos como lengua de ricos e ilustrados.

Más tarde empezó a extenderse su conocimiento en el pueblo: muchos jóvenes iban a aprenderla, sobre todo en temporada de invierno, a pueblos *erdeldunes* de Alaba y Nabaña, donde hallaban colocación como criados, trabajando gratis para su amo en muchas ocasiones. Había, pues, verdadero afán de saber hablar la lengua castellana, afán que ha ido en aumento hasta nuestros días. ¿Por qué existe semejante tendencia? La contestación la he oído repetidas veces a muchos vecinos del pueblo. «A cierta edad, dicen, los jóvenes han de ir a los cuarteles, donde solo ha de valerles el castellano; si intentan salir de su pueblo a buscar trabajo en San Sebastián, Pamplona, Bilbao, y aun en Villafranca y Beasain, han de tropezar con muchos, que siendo quizá vascos, sólo les hablarán en castellano; sabiendo esta lengua, entablan fácilmente relaciones en casi todos los pueblos a donde las necesidades de la vida y aun su espíritu más o menos expansivo y aventurero les lleven; pueden escribir cartas (1); además, sólo unos pobres miserables ignoramos hoy el castellano; hoy en cambio, el que lo sabe, es tenido en gran predicamento y puede alternar con los señoritos.»

El uso del idioma castellano no va, como es natural, tana avanzado como la tendencia a conocerlo. Si un individuo de clase labradora empezara a hablar en castellano con sus vecinos haría el ridículo. El vascuence es allí una forma social que se impone todavía a todas las personas mayores del pueblo.

(1) Piensan que es más difícil escribir una carta en vascuence que en castellano, preocupación nacida del método de enseñanza que domina en las escuelas y de la práctica usual de gente de letras.

Sin embargo, las amplias relaciones que actualmente ligan a los jóvenes con elementos de habla castellana en las escuelas, en los cuarteles, en los talleres y fábricas, en las grandes urbes a donde van a servir, etc., etc., al mismo tiempo que contribuyen a la difusión del conocimiento del castellano, forman una tendencia a que se generalice el uso de este idioma. Lo cual vemos confirmado por el hecho de que ahora muchas niñas de la calle, abandonando la lengua de sus padres (lo cual consienten éstos de buena gana), hablan corrientemente en castellano, cosa que hubiera escandalizado a todos hace veinte años.

Religión

La Religión Católica que es la única profesada por los habitantes de Ataun, se halla muy arraigada en sus espíritus desde hace muchos siglos. Por lo tanto, ningún fenómeno de su difusión espacial puede observarse actualmente en aquel pueblo. Sólo podemos sorprender la de varias modalidades que afectan a ciertos aspectos de su culto, como son las cofradías y devociones nuevas.

Las cofradías del Carmen, de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y del Apostolado de la Oración; Tercera Orden de San Francisco y Adoración Nocturna; Congregación de Hijas de María y la de San Luis; devociones, como la de los nueve primeros viernes, la de los siete domingos de San José, etc., etc., son recientes todavía. Su difusión en el pueblo fué precedida de frecuentes pláticas y sermones dirigidos a los fieles por sacerdotes y religiosos. Exponíase sencillamente al pueblo la conveniencia de adoptar tales devociones, aduciendo razones y ejemplos apropiados a cada caso. Venciase así la indiferencia del pueblo que acababa por convencerse de la conveniencia de adherirse a la nueva forma.

* * *

Hace veinticinco años no se veían todavía en las puertas de las casas placas del Sagrado Corazón de Jesús. Fueron algunas familias bien acomodadas las primeras que iniciaron tal novedad, la cual se difundió luego rápidamente por todos los barrios y caseríos.

La devoción al Sagrado Corazón había sido objeto de muchas

predicaciones y funciones de iglesia, y constituía ya una forma social arraigada en el pueblo. Su nueva manifestación pública, por medio de placas, hallaba, pues, formada una tendencia favorable, un estado de almas adaptado a su medida. Era suficiente su aparición para ser aceptada: bastaba que vibrara una alma para que respondieran al unísono las demás.

De modo semejante se difundió en Oyartzun, en término de cinco años, «la visita domiciliaria de la Virgen de la Medalla Milagrosa», contándose actualmente cuatrocientas ochenta familias que la practican. Esta devoción fué introducida por personas (principalmente las lecheras) que mantenían frecuentes relaciones con los vecinos de Rentería, donde ya era conocida y practicada de años atrás. En vista de su aceptación y gran desarrollo y por indicación de algunos de los individuos que la practican, ha intervenido el clero este año, organizándola en forma de Cofradía y estableciendo funciones adecuadas en la iglesia parroquial.

Herejía y superstición

En la lista de formas sociales cuya difusión estudiamos, hemos de incluir también las de carácter heterodoxo y ver cómo se introducen en el pueblo y se adueñan de él.

Vimos antes cómo apareció el profetismo durangués.

El «manzanero» fracasó en Malabia. Sus enseñanzas chocaron contra un ambiente religioso fuertemente consolidado. Mas él continuó en su actitud y prosigió la predicación en Durango y en sus alrededores. Su doctrina era expuesta al pueblo como bajada del cielo. Rezaba el rosario, visitaba las iglesias, practicaba la penitencia. Trataba de justificar este modo de obrar diciendo que la Virgen había recomendado lo mismo en Lourdes a Bernardita de Soubirous. Sin embargo, algo nuevo y extraño y aun contrario a la Religión había en sus enseñanzas. Para adquirir ascendiente en el pueblo y difundir sus ideas, rodeábase de lo esotérico, refería visiones, comunicaciones con los ángeles, emitía oráculos, etc.

Siendo constante en tales procedimientos, creó en su derredor una tendencia favorable, un estado de almas adaptado a la nueva forma. Hizo prosélitos, y formó con ellos una comunidad de dieciocho «pro-

fetas», que, con predicación y ejemplo, difundían las extrañas doctrinas de su maestro.

El «profeta» de Mendata, de quien también hablamos arriba, se acomodó más que el de Malabia al ambiente que le rodeaba. Pero también él aportaba alguna novedad. Para difundirla, acudió al ambiente saturado de lo maravilloso en el cual no podía desentonar la comunicación de un mortal con seres extramundanos, y dió a conocer las supuestas revelaciones que tendían a producir y difundir una forma social nueva.

Procedimientos como los anteriores emplearon también otros «profetas» o magos, cuando intentaron insinuarse en el pueblo.

Tal fué el caso del «profeta» de Bergara cuya especialidad era curar a los mordidos por perro rabioso. Para infundir fe en sus extraordinarias facultades, introducía en su boca aceite hirviendo, y luego la abría para mostrarla al público. Este veía con gran sorpresa que no se había producido quemadura alguna, y creía en la virtud del «profeta».

El mago José de Uriarte que vivió en el caserío *Etzandi* del pueblo de Muxika (Bizcaya) a mediados del siglo pasado, se dedicaba a hacer operaciones mágicas, como el *santiretu*, *begizkuena*, etc. Su discípulo Ruperto Aufe, que ejerce actualmente las mismas operaciones en Axangiz y en sus alrededores, refiere que el mago de *Etzandi* sostenía en sus manos brasa encendida hasta que numerosa cuadrilla de fumadores encendiera sus cigarros en ella.

* * *

A principios de este año de 1924 hicieron su aparición en Bermeo ciertas prácticas espiritistas, importadas por pescadores que habían pasado una temporada en Santander.

Provistos de un artefacto de madera formado por dos aros y tres pies, o de un lavabo, mesa o balde sustentado sobre tres pies, colocábanse varios individuos alrededor de él, tocando cada uno con las extremidades de los dedos de ambas manos el aro o borde superior del aparato. Entonces rezaban un Padre Nuestro, Ave María y Gloria, y llamaban al alma del difunto con quien deseaban hablar. Inmediatamente empezaba el interrogatorio. Las contestaciones de los espíritus se obtenían, según se decía, por los golpes que daba el trípode contra el suelo.

He aquí un modelo de interrogatorio de los más usados:

—¿Estás en buen lugar? (El trípode daba un golpe (*no*) o dos (*sí*).

—¿Ves la cara de Dios?

Después de estas y otras preguntas hechas en castellano, continuaba el interrogatorio en vascuence de esta manera:

—*Aitxe zara?*

—¿Eres el padre (u otra persona)?

—¿*Senbat denpora da il siniena?*

—¿Cuánto tiempo ha que falleciste?

Y sin esperar a la contestación se le preguntaba por el número de años:

—¿*Lau urte? bost?, etc.*

—Cuatro años? cinco? etc.

El trípode contestaba mediante golpes. A continuacón se le preguntaba por los meses y días, y proseguía el interrogatorio:

—¿*Nun sagos? Purgatorijuän? Zeruän?*

—¿Dónde estás? en el Purgatorio? en el Cielo?

Ordinariamente contestaba hallarse en el Purgatorio, rara vez en el Cielo y nunca en el Infierno ni en el Limbo.

—¿*Ser gudosu ba? limosnak?*

—¿Qué deseas? limosnas?

—*Bai.*

—Sí.

—¿*Promesa?—Bai.*

—¿Promesa [cumplimiento de algún voto]?—Sí.

—¿*San Juanera? Abiñara? (1)*

—¿A San Juan? a Abiña? (1)

—*Bai.*

—Sí.

—¿*Mesarik ateratiä gudosu?*

—¿Deseas sacar [mandar se celebren] misas?—No.

—*Es.*

—¿Oirlas?—Sí.

—¿*Entzutiä?—Bai.*

—¿Cuántas?—Nueve.

—¿*Senbat?—Bederatzi.*

—¿Hay Infierno?—No.

—¿*Inpernuik badau?—Es.*

(1) San Juan de Gaztelugatx es una ermita de Bermeo. *Abinaga* es otra ermita de Busturia.

—¿*Seruä*?—*Bai*.
 —¿*Purgatorijuä*?—*Bai*.
 —*Abadie* *diruä emotiä ona da*?—*Es*.
 —*Aite Santuäri eta Obispuäi obedeindu biake*?—*Bai*.
 —¿*Olango bisu da*?

—¿Cielo?—Sí.
 —¿Purgatorio?—Sí.
 —Es bueno dar dinero a los curas?—No.
 —¿Dar misas [estipendios de misa]?—No.
 —¿Hay que obedecer al Padre Santo y a los Obispos?—Sí.
 —¿Vive fulano?

Preguntábanle también con frecuencia acerca de los sitios en que más abundaba la pesca para echar allí sus redes.

El desconocimiento de las causas que motivaban los golpes de trípode, los cuales eran atribuidos a los espíritus, contribuyó a que muchos practicasen estas observancias. Los centros de difusión eran los cafés y tabernas. Hombres de poca religión y hasta incrédulos en lo que atañe a enseñanzas de la Iglesia, tomaban parte activa en tales prácticas y cumplían escrupulosamente las supuestas contestaciones de los espíritus, incluso el oír larga serie de misas y visitar lejanas ermitas. Hubo también quien hizo algún negocio con la venta de trípodes.

Los sacerdotes y los religiosos de Bermeo, ayudados por las autoridades civiles, acudieron a atajar el movimiento, y luego, en poco tiempo, desaparecieron de la vista del público los aparatos y demás manifestaciones externas de espiritismo. Contribuyó también a su fracaso el hecho de que unos pescadores que, siguiendo las indicaciones de un trípode, se dedicaron a pescar en determinados parajes, volvieran vacíos al puerto, mientras que otros arribaban cargados.

En este caso, como en los de Durango, Mendata y Muxika, la supuesta intervención de seres extramundanos, cuya existencia, poder extraordinario y saber suprahumano se hallan en la conciencia del pueblo, juntamente con ciertos hechos para éste naturalmente inexplicables, fué uno de los motivos más principales de la difusión de las prácticas espiritistas.

Irreligión

Otra de las formas sociales que van invadiendo hoy los espíritus en los pueblos occidentales, es la irreligión.

Como el fenómeno es general y fuera tarea extremadamente larga tratar de abarcarlo en toda su amplitud, me limitaré a describir someramente algunas de sus manifestaciones y el mecanismo de su transmisión y propaganda en el pueblo de Ataun.

Hemos visto arriba cómo la forma social religiosa llega a los habitantes de este pueblo por vía tradicional, confirmada y sostenida por las continuas predicaciones de sus sacerdotes, constituyendo un ambiente de intensa vitalidad.

Con todo, la indiferencia en materia de religión empieza a mostrarse en casos, al parecer esporádicos, pero que tienen alta trascendencia social, como presagio que son de una profunda transformación cultural que se avecina.

A este propósito referiré hechos concretos de que he podido informarme: de algunos de ellos he sido testigo presencial.

* * *

Era un joven educado en su casa paterna, según las máximas de la Religión Católica. Podríase decir, sin temor a equivocarse, que su alma se movía a impulsos de las formas tradicionales de su familia y de su aldea.

Llegada la edad de servir a su patria, se trasladó a una capital de provincia, donde hizo vida de cuartel y de ciudad durante casi tres años. Aquí los estímulos eran otros. Alejado de toda influencia religiosa y expuesto a los embates de la incredulidad, sostuvo luchas interiores entabladas entre su propia orientación tradicional y las incitaciones del nuevo ambiente.

Al principio le repugnaban las manifestaciones de impiedad e insolencia que presenciaba en el cuartel. Sentíase solo entre tanto joven corrompido y corruptor, enemigos de la religión y de sus ministros. Su actividad era ahogada, y acallada su voz por el vendaval reinante. Se abstuvo de actos externos de religión. Sin contacto con ningún ambiente religioso, pero agitado constantemente por la incredulidad, fué lentamente acomodándose a ésta: primero se hizo indiferente y después acabó por abrazar el partido abiertamente contrario a toda religión.

Volvió a su pueblo. El ambiente tradicional se le impuso otra vez.

Pero no perdió el recuerdo de aquella forma social irreligiosa que quedaba más allá de los límites de su aldea y a cuyos impulsos desarrolló él su vida por espacio de casi tres años, y de la cual se hacía eco todavía allá en el interior de su alma. De vez en cuando dejaba escapar palabras y frases malsonantes y hablaba a ratos contra los curas. Tratando de justificar esta actitud ante sus vecinos, recurría al tópico de aquel ambiente a su juicio *superior y progresivo* de la ciudad, del gran mundo que él había visto, cuyos hombres y adelantos son una suerte de maravilloso para el aldeano de hoy.

No iba abiertamente contra la religión, pues las manifestaciones religiosas de aquel pueblo, la forma social allí predominante, coartaban su actividad y aun le forzaban a acomodar su conducta al modo de ser de sus paisanos.

Por eso observábase en él un fenómeno de sincretismo formado por las prácticas religiosas que realizaba con sus paisanos y familiares, y por las supervivencias de impiedad que le quedaban dentro. Era un alma de escaso carácter que en su pueblo se mostraba un tanto religioso, y en la ciudad era completamente indiferente cuando no impío; era un tipo de compromiso, cuya conducta exterior era de un zig-zag oportunista, una cuerda aperiódica capaz de moverse más o menos a compás con ondas de diversas tonalidades.

* * *

Los demás jóvenes se ven envueltos en circunstancias análogas a las del anterior aunque los más no sucumban como él. Sufren influencias del ambiente irreligioso de los cuarteles y de los bajos fondos de las grandes urbes; pero al volver a casa de sus padres, vuelven también a simpatizar con el ambiente religioso de su familia y de su pueblo. Con todo, es frecuente que conserven en su alma resabios de lo que vieron, oyeron y tal vez practicaron en la ciudad, pues no en vano se desarrolló su vida, durante meses y años, estimulada total o parcialmente por una atmósfera de indiferencia e irreligión.

No es solo la milicia lo que motiva que los jóvenes de Ataun se vean expuestos al empuje de la avalancha irreligiosa de las ciudades; son también las fábricas y los talleres de Beasain y de Villafranca, donde aquéllos rozan con gente despreocupada y sin religión; son los

medios de fácil comunicación que los aproximan a centros y elementos que atentan contra su fe; son las lecturas, sobre todo de periódicos que se ha venido en llamar de criterio amplio, porque, faltos de carácter, cimbréanse con exquisita elasticidad obedeciendo a los vaivenes de la moda indiferentista.

Y las jóvenes! Llegada la edad de quince a diecisiete años, van muchas a servir a San Sebastián, donde las costumbres y máximas de conducta más en boga estimúlanles a desligarse de las suyas tradicionales y cristianas.

Así, pues, gran parte de la juventud ataunesa pasa una temporada de su vida en contacto más o menos estrecho con la turba soez y tabernaria de las ciudades, y presencia la ostentación y el boato del público «bien» y «elegante» que hoy constituye numerosa casta afeminada, de escasa mentalidad, pero que va a la vanguardia de las modas y es la primera expresión de una tendencia anintelelectualista y sensual que, cada día con mayor empuje, se acentúa y camina hacia el predominio en las grandes urbes.

Muchos que han desarrollado su vida a impulsos de tales estímulos durante una temporada, y que se han aclimatado en tal ambiente, apenas sienten ya la nostalgia de su pueblo, y si tornan a él, ansían por volver a la vida callejera, y abandonando quizá un gran porvenir en su caserío y en su aldea, van a sumergir su existencia en una oscura e insana buhardilla de cuarto o quinto piso y a entregarse como un pedazo de naturaleza, no tanto al jornal diario cuanto a las comodidades, a los juegos, a los deleites... y también a las miserias de la ciudad. Y otros, que, no lanzándose a dar este paso, permanecen en su pueblo, constitúyense en elementos activos que tiñen de su color el ambiente: son verdaderos innovadores sin hacer profesión de propagandistas.

Hace cuarenta años desentonaba en el pueblo cualquiera persona que, sin ser indiferente, se mostrara muy frío en las prácticas de la religión. También desentona hoy; pero no en tanto grado como antes. Hechos y manifestaciones contrarias a la religión (faltas a los deberes religiosos, frases heréticas, blasfemias), con ser todavía raros, abundan más en nuestros días. Hace diez años no había en Ataun quien, por siatema o dejadez, dejara de oír misa los domingos y días de precepto:

hoy existen uno o dos individuos que faltan a ella de vez en cuando, y que, al tratar de justificar su conducta, alegan, en general, haberles sido imposible cumplir el precepto; pero en la intimidad de sus amigos, o en círculos de más relajado criterio, excusan su falta diciendo ser inútil la misa. Sus espíritus vibran con el ambiente de otras poblaciones, donde pasaron parte de su vida, y con las cuales mantienen contacto casi constante. Pero las tendencias que surgen de la presencia del grupo social completamente católico, con el cual viven actualmente, afectan poderosamente a su espíritu. Por eso su actitud respecto a las creencias es, en general, pasiva; a veces hacen protestas de su más firme catolicismo. A lo más, sus tiros van contra tal o cual práctica que se halla ya en estado algo decadente (la costumbre de encender luces en las sepulturas, hacer rogativas para alcanzar lluvia, etc.), o contra la conducta de ciertos clérigos, tendiendo a generalizar los defectos de éstos. Esta actitud es expresión de su criterio; pero la táctica ha sido impuesta por la idiosincrasia del pueblo: el innovador se adapta a las tendencias ya existentes en la colectividad. El procedimiento de ir primero contra ciertos clérigos (que en otras esferas recibe el nombre de «lucha contra el clericalismo») antes que declararse abiertamente hostil a sus enseñanzas, es un simple hecho de acomodación y, a la vez, un llamamiento a la forma social preexistente.

Paralelamente a la indiferencia religiosa hacen su aparición ciertas manifestaciones que afectan a la moralidad pública.

Hace todavía tres años causaba gran escándalo en San Gregorio de Ataun que dos jóvenes de diferente sexo pasearan juntos en la carretera o en otro lugar público. Oí quejarse a tres vecinos de aquella parroquia diciendo que era deber de todo padre de familia, celoso de la buena educación de sus hijos, oponerse a la introducción de tal costumbre. El Sr. Cura de San Gregorio amenazó a su vez con expulsar de la Congregación de Hijas de María a toda joven que pasease acompañada de algún mozo. La medida produjo su efecto. Pero si entonces una joven que fuese expulsada de la Congregación, volvía luego, tal vez arrepentida, pero siempre constreñida por la conciencia pública, solicitando su readmisión, hoy se dan casos de jóvenes que han vivido algún tiempo en la ciudad o han estado bajo la influencia de otras formas sociales, que no sienten tanto el peso del ambiente

de Ataun, y permanecen fuera de la Congregación y aun tratan de cohonestar su actitud y su conducta diciendo que muchas jóvenes de valer hay en otras poblaciones que no pertenecen a ninguna Congregación, o que siendo congregantes, pasean con jóvenes de otro sexo y hasta bailan el «agarrado».

* * *

Es de notar que la difusión de la indiferencia religiosa, como la de otras muchas transformaciones culturales, se halla condicionada por factores geográficos y por formas sociales preexistentes.

Así, la mancha irreligiosa, el abandono de lo tradicional (incluso el del idioma de los vascos), los bailes inmorales, la disolución de las costumbres, el ideal de la urbe moderna de calles rectas, con sus juegos, placeres y liviandades, van propagándose en el país vasco, siguiendo en general el curso de los ríos y de las grandes vías de comunicación.

FUNCIONAMIENTO DE LAS FORMAS SOCIALES

Problemas, teorías, soluciones

Las creencias y costumbres, el lenguaje, la escritura, las leyes, las artes y las técnicas, los estilos, las modas, la conciencia pública, las corrientes de la opinión y demás fenómenos de esta índole, son, como ya lo tenemos dicho, otros tantos hechos o formas sociales constitutivas de la cultura de un pueblo.

Una ligera observación basta para descubrir, alrededor de tales hechos, problemas de alta trascendencia. ¿De dónde se originan los fenómenos sociales? ¿Cómo se transmiten de un país a otro y cómo se difunden en los pueblos? ¿Qué relación guardan entre sí y con el ciclo cultural de que forman parte? ¿Qué ritmo marcan en su desarrollo y cuáles son las leyes de su aparición y desaparición? ¿Cómo se ha realizado la construcción de un sistema religioso y moral, de un cuerpo de derecho, de una forma de gobierno, de un régimen económico?

De todos estos problemas, los que nos interesan en el presente trabajo son los dos primeros, es decir, los que se refieren al origen y expansión o propagación de los fenómenos sociales.

* * *

Influimos en otros por medio de gestos, miradas, palabras, melodías y ejemplos de nuestras propias obras. Por los mismos conductos recibimos también las influencias de los demás.

Satisfacer la *tendencia asociativa*: he ahí, según la mente del pueblo, una parte del bienestar del hombre sobre la tierra.

Entre los rasgos comunes a ciertas narraciones populares, hay uno bien característico: el héroe del cuento, después de largas penurias y arriesgadas aventuras, logra por fin triunfar de sus enemigos, o se apodera de tesoros fabulosos. Mas esto no le basta: se halla en un desierto, tal vez en regiones solitarias del mundo subterráneo, vive aislado totalmente de los demás hombres. Por eso no es todavía feliz en la apreciación popular; mas luego le veremos volver a un poblado, a un *reino*, y propagarse entre los hombres la noticia de sus hazañas. En este momento el cuentista descansa y los oyentes también descansan. Así vemos que sucede, por ejemplo, en las versiones de las historias de *Psique*, de *Polifemo*, de *La mujer de las manos cortadas* y de otras que hemos descubierto en los rincones más apartados del país vasco.

* * *

En realidad suceden las cosas en conformidad con estas concepciones populares?

El estudio de la tendencia asociativa y de los fenómenos a que da lugar, es muy antiguo.

Los primeros ensayos, como los de toda disciplina científica en sus comienzos, eran provocados por vagas y complejas uniformidades, por similitudes de perspectivas amplias, pero escasas en soluciones fecundas.

Platón y Aristóteles sorprendieron en algunos aspectos de la vida social semejanzas de conjunto, aunque vagas y superficiales. Por eso sus observaciones no se prestan a sólidas generalizaciones científicas.

San Agustín, y más tarde Bossuet, nos suministran en materia social ideas y síntesis filosóficas de más altos vuelos.

De carácter filosófico son también los estudios de Vico y de muchos teorizantes modernos.

Balmes descuella entre los filósofos del siglo XIX por sus atinadas observaciones y por el realismo de sus disquisiciones sociológicas. El olvido o el desconocimiento de sus doctrinas ha sido parte para que se divagara tanto, o se malgastaran tiempo y energías en lucubraciones apriorísticas por los intelectuales de hoy.

Las numerosas adquisiciones de las ciencias, sobre todo de la lingüística, de la etnología y de la economía, y las orientaciones y métodos objetivos de investigación, han hecho posible en nuestros días un estudio detallado y profundo de los fenómenos sociales.

Al lado de filósofos que, como Spengler, pretenden intuir leyes sociales en analogías y aparentes reversiones de los grandes movimientos culturales, otros, menos teóricos, orientan sus trabajos hacia investigaciones de detalle, y descubren en las manifestaciones populares semejanzas reales y profundas, base de una ciencia más sólida. Aspiran a interpretar los hechos sociales y a descubrir en ellos las leyes que presiden el desenvolvimiento de la vida colectiva.

Son varios y aun contrapuestos los criterios y métodos empleados hoy en estas investigaciones.

Hay quienes han llevado al campo de la ciencia sociológica los postulados de la Biología y de la Psicología individual; mientras que otros, considerando los hechos sociales como fenómenos *sui generis*, específicamente diferentes de los biológicos y psicológicos, han erigido la Sociología en ciencia autónoma (1).

Vamos a apuntar algo sobre dos de las teorías extremas hoy más en boga, para fijar después nuestra posición.

La teoría de la imitación

Gabriel Tarde es el que más minuciosamente ha expuesto esta teoría (2).

Parte del hecho de que el contacto de dos espíritus es en la vida de éstos un acontecimiento particular que se distigue marcadamente del conjunto de sus contactos con el resto del universo. Hay aquí transmisión de algo mental, una comunicación de pensamientos y voliciones. Este movimiento surge de iniciativas individuales, de invenciones o descubrimientos individuales. Toda iniciativa tiende a propagarse por imitación, forzada o espontánea, electiva o inconsciente. Casi todo lo que pensamos y obramos es reproducción de pensamientos y obras de otros. La imitación es la que ha realizado esta

(1) W. Wundt: *VÖLKERPSYCHOLOGIE VII, Die Gesellschaft*, págs. 39-40 (Leipzig, 1917). Historia más detallada de esta ciencia, *ibid*, págs. 3-65.

(2) *Les lois de l'imitation* (París, 1921); *Les lois sociales* (París, 1921).

difusión cultural, esta convergencia de dirección que es el fundamento de la vida social. La imitación, pues, socializa las creaciones individuales. De donde resulta que la relación entre dos personas que es el elemento único y necesario de la vida social, consiste originariamente en una imitación, y que el carácter constante de todo hecho social es el ser imitativo.

Por lo tanto, socialmente todo es invención e imitación. La imitación es como la herencia en los organismos o como la ondulación en los cuerpos. Todas las semejanzas de origen social proceden de la imitación. El fenómeno de la difusión de las formas sociales se debe a su carácter imitativo.

* * *

Ha habido quienes han censurado a M. Tarde por haber extendido abusivamente el sentido de la palabra imitación. No seremos nosotros los que le hagamos tal reproche, al parecer injusto; pero sí le haremos el de haber comprendido bajo esa expresión fenómenos completamente diversos y contrapuestos, lo cual se ve frecuentemente en su obra *Les lois de l'imitation*, y lo dan claramente a entender las palabras con que explica el proceso expansivo de los hechos sociales. «Las iniciativas renovatrices, dice, se propagan o tienden a propagarse por imitación forzada o espontánea, electiva o inconsciente» (pág. 3). No hay, pues, un fenómeno único—imitación—, característico de toda forma social, cuya función sea socializar las invenciones o producciones individuales. Por lo menos intervienen, según él, dos clases de operaciones: el impulso y la atracción. Además, el poder constrictivo, que no se puede negar a las formas sociales, es indudablemente anterior a toda imitación, en cuanto esta palabra significa la realización de una tendencia a reproducir formas extrañas, y de carácter más general que cualquiera de los fenómenos comprendidos bajo esta denominación.

Los hechos sociales tienen fuerza expansiva, en virtud de la cual se imponen, a veces de un modo inconsciente, a los individuos. El secreto de la difusión no depende, pues, radicalmente de la espontaneidad de la imitación. Además, la expansión material de un elemento de cultura puede realizarse antes que intervenga ninguna fuerza so-

cial, como ocurre cuando ciertos temas elementales se reproducen a impulsos de innatas tendencias naturales del hombre. En tales casos la forma aceptada por todos los miembros de un grupo llega a ser de carácter social, no por la imitación, sino por otra vía de que luego trataremos.

Con razón ha podido decir W. Wundt, que en las más profundas y generales transformaciones de la vida social la imitación no desempeña ningún papel importante (1).

La teoría sociológica

M. E. Durkheim es el que más ampliamente ha desarrollado esta teoría, fundando una escuela propia que sigue sus principios y métodos.

Varias de sus ideas, en lo que hace a nuestro caso, son verdaderamente útiles; de otras hemos de confesar francamente que son incompatibles con el resultado de nuestras investigaciones realizadas durante varios años en contacto inmediato con el alma popular.

Resumamos algunos de sus conceptos.

Hay en toda sociedad un grupo de fenómenos que se distinguen marcadamente de aquellos que son objeto de la biología, psicología y de las otras ciencias naturales. Son fenómenos que existen fuera del individuo, independientes del individuo, muchas veces antes del individuo. La mayor parte de nuestras ideas y de nuestras tendencias no han sido elaboradas por nosotros, nos vienen de fuera. Las creencias, las leyes y los usos son fenómenos de esta clase: son maneras de pensar, de sentir y de obrar que existen fuera de las conciencias individuales: llámanse hechos sociales y constituyen el objeto de la sociología. Los hechos sociales no sólo son exteriores al individuo, sino que tienen una potencia coercitiva con la que constriñen la conciencia individual. Esta propiedad demuestra que los hechos sociales no proceden del individuo: lo que es producido por la conciencia individual no puede ejercer coacción sobre ésta.

* * *

(1) *Völkerpsychologie*, I, pág. 22 (Stuttgart, 1921).

Una de las cosas que más llaman nuestra atención en la teoría sociológica es el aserto tan categórico de que los hechos sociales no proceden del individuo, porque lo que constriñe a la conciencia individual no puede tener en ella su origen. ¿Por qué no? M. Durkheim no lo demuestra, y sustituyendo así la realidad con una *prenoción*, prosigue el desarrollo de su teoría hasta llegar a conclusiones verdaderamente extrañas, como la de que el origen de toda religión se halla en la sociedad.

Nuestras observaciones, sin embargo, nos imponen otras soluciones, sobre el particular; y en otros muchos casos nos enseñan a ser más cautos en nuestras conclusiones.

Los fenómenos sociales de Durkheim no son quizá más que el resultado de interferencias de hechos individuales, cuya fuerza coercitiva es tanto más poderosa cuanto mayor sea el número de los que lo participan.

Este aspecto de la teoría sociológica no tiene más valor que el de la *prenoción* que le sirve de base, y ésta, tomada en toda su generalidad, ¡es tan discutible!

Nuestra posición

Origen de las formas sociales

Queriendo explicar aquí ciertos rasgos sintomáticos que caracterizan el fenómeno de la expansión cultural, nos fijaremos en el mayor número de hechos sociales que conozcamos, e intentaremos descubrir en ellos las leyes de su funcionamiento.

Hemos descrito en los capítulos dedicados a la elaboración y a la difusión de la cultura, varios tipos de formas sociales. De algunos conocemos la fecha y las circunstancias de su aparición; otras—son las más—nos han llegado de épocas ignoradas, o de países extraños y para nosotros desconocidos.

Habremos de fijarnos en las primeras, si queremos vislumbrar algo en lo que al origen de los hechos sociales se refiere. Mas todas nos servirán para reconocer el modo de su difusión en el pueblo.

Si atentamente examinamos, uno por uno, todos los fenómenos colectivos que hemos descrito, luego notaremos que, no sólo se pre-

sentan como externos e independientes del individuo aisladamente considerado, sino también como *fuerzas que impulsan* a su conciencia a obrar al unísono con ellas.

El uso de capa española en los funerales, se imponía hace treinta años al individuo de Atauñ, como un imperativo externo e independiente de su conciencia, y además como un *impulso* que le obligaba a practicarlo, cuando tenía que asistir a algún entierro. Si así no lo hacía, surgía en su interior el consabido *qué dirán*, que es la expresión por donde se asoma la opinión pública, la fuerza coactiva de toda forma social.

Esta coacción o *impulso colectivo*, que con alguna aproximación corresponde a la *sugestión* de G. Le Bon (1) y al *poder coercitivo* de E. Durkheim, y en algún aspecto a la *imitación* de G. Tarde, de Baldwin y de W. McDougall, es indudablemente lo más característico de las formas sociales y el medio más seguro de reconocerlas como tales.

* * *

Son de diversas clases los influjos que estimulan y moldean nuestra actividad, y por lo mismo son también diversos los caracteres que cabe distinguir en los productos culturales.

A su formación contribuyen hoy los agentes geográficos, las tendencias específicas del género humano, el ambiente colectivo y las adquisiciones y tendencias individuales.

¿Cuál de estos factores socializa los elementos de la cultura de un pueblo?

La geografía y las tendencias específicas del hombre, si bien condicionan las obras humanas, no son evidentemente los agentes que las socializan, o que las convierten en formas sociales.

El clima lluvioso del país vasco impone la modalidad de tejados de grandes aleros en los caseríos. Al principio, esta imposición no procedió, indudablemente, de ningún estímulo de índole colectiva o de impulsos de formas sociales. Pero quien, saliendo de la regla general, intentara hoy edificar en muchas de nuestras aldeas un caserío, sin asomos de alero en el tejado, no tanto sentiría quizá la contrariedad

(1) *Psychologie des foules*, Paris, 1895.

procedente de las exigencias climatéricas, como la del uso predominante en el pueblo, la del ideal artístico y de la pública opinión. Lo cual significa que el tipo tradicional hoy se halla sostenido, no sólo por las conveniencias del clima como en un principio, sino también por las costumbres y por los gustos populares.

¿Cómo se ha operado este cambio? El molde primitivo se originó y aun se generalizó por influencias geográficas. Esta uniformidad fué reconocida como tal por los individuos de la aldea, convirtiéndose así en uso colectivo. A partir de este general reconocimiento, el fenómeno ejerce presión notable sobre las conciencias individuales, es ya forma social.

Lo mismo podríamos decir del uso recientemente introducido de la *lanza giratoria del rodillo*, del cual tratamos arriba; y, en general, de todos los elementos primarios de la cultura humana que, engendrados primero y quizá indefinidamente reproducidos por los agentes naturales, o por las tendencias específicas del hombre, se han socializado después.

¿Cuál es la causa que ha realizado esta transformación? Nosotros no conocemos más que la interacción mental de los individuos, fenómeno caracterizado por emisiones y recepciones de ideas, sentimientos y obras. A este fenómeno, que se identifica con ciertos aspectos de la *imitación* de G. Tarde, hemos llamado *simpatía social*.

Si todos los corazones vibran al unísono en los casos que vamos considerando, es a consecuencia de una concordancia espontánea y preestablecida. Pero, cuando esta común manera de ser, de pensar o de obrar se hace sentir en las conciencias como una presión externa, como una fuerza coercitiva independiente del individuo, es que por todos ha sido ya *reconocida como tal concordancia*. Este reconocimiento, interacción o *simpatía* ha socializado el fenómeno, lo ha convertido en *forma social*.

Nosotros no hemos presenciado los antecedentes ni los primeros pasos de la inmensa mayoría de las formas sociales que moldean nuestra conducta; pero en las pocas, cuyo origen hemos alcanzado, el proceso de su aparición como fenómenos colectivos es el descrito.

Este proceso, sin embargo, aparece generalmente más complicado, a causa de otros factores que en él suelen intervenir.

El primer impulso o los primeros impulsos, que necesariamente parten de los individuos, han sido determinados por formas sociales anteriores y por tendencias y adquisiciones individuales.

Las novedades del profetismo durangués, del de Mendata, de la innovadora de Motriko, eran de este género: algo había en ellas propio del ambiente y algo también de creación personal. Lo mismo podríamos decir de casi todas las transformaciones sociales que hemos presenciado.

Así pues, desde los primeros pasos de su formación, la mayoría de los fenómenos colectivos que constituyen la cultura de un pueblo, se nos presentan como producciones de compromiso, debidas a esfuerzos individuales y a las exigencias e imposiciones de hechos sociales anteriores (1).

Se ha de advertir, sin embargo, que el papel desempeñado por el individuo, aun en los casos de sabor más particularista, es inferior al de la colectividad en el desarrollo de las formas sociales que hemos estudiado. Se le podría comparar al de los accidentes de terreno que sólo en espacio muy limitado modifican el rumbo general de los vientos.

Se difundió en Ataun—hace de esto más de tres cuartos de siglo—la especie de que la línea Madrid-Hendaya del F. C. del Norte iba a pasar por aquel pueblo. No sé si la noticia tenía fundamento real. Es el caso que en aquella comarca fueron colocados unos palos que parecían jalonar el paso de la proyectada línea férrea.

Una tarde de domingo, varios vecinos de los barrios de *Murkôndo* y de *Arinberriaga*, se reunieron en tertulia, según tenían costumbre, delante del portal del caserío *Markesanexiki*. Recayó la conversación sobre el ferrocarril en proyecto. Uno de los contertulios describió el tren, diciendo que era un carruaje de extraordinaria longitud, que corría tan veloz como un rayo, sin ser tirado por caballos ni por otro género de animales. Concluyó que el tren era, sin duda, una invención de *mala parte* (= *parte txarekoa*), o sea, del diablo; en ello

(1) Prescindimos de casos en que la entrada en escena de un agente superior (Dios, p. e.), cuya intervención no puede ser prevista, modifica el curso regular de los acontecimientos.

convinieron todos. Como se ve, esta conclusión, que ya estaba, aunque vagamente, en el ánimo de los concurrentes, fué concretada y formulada por uno de ellos, e incondicionalmente aceptada después por el grupo. Desde entonces era ya una forma social.

La consecuencia fué que a la mañana siguiente no permanecía en pie ninguno de los jalones que habían sido fijados en aquellos contornos, según nos lo han referido algunos ancianos.

Este hecho y otros más que podríamos citar, nos demuestran cómo el impulso que vemos proceder del individuo, es muchas veces eco de formas sociales que bullían antes en el seno de la multitud. Diríase, pues, que *la actividad individual tiende a obrar en función de los estímulos que recibe del pueblo en que se desenvuelve.*

Proceso de la difusión cultural

La expansión de la cultura es uno de los fenómenos que más nos interesa conocer.

Ya lo hemos indicado: ciertas ideas y prácticas elementales pueden hallarse difundidas en los pueblos por influencias o factores de orden cósmico y por innatas tendencias del hombre, cuya naturaleza específica es la misma en todos los climas y en todos los tiempos.

No es, pues, extraño que los literatos abunden en las mismas ideas al tratar de un tema general, sin haberse copiado mutuamente. De gran parte de las narraciones populares podríamos decir lo mismo con J. Bedier (1).

Por idéntica razón, no hace falta recurrir a influencias de pueblo a pueblo para explicar la difusión de creencias en brujas y en aparecidos, y de prácticas, como las comprendidas bajo el nombre de *magia*, diversas lustraciones, exvotos, etc.

De aquí resulta ser en parte verdadera la célebre teoría de los *Elementargedanke* de Adolfo Bastian y de su escuela (2).

Mas, cuando una creencia, costumbre, práctica o industria, se halla individualizada por rasgos especiales—como ocurre ordinariamente con los elementos de cultura—es indudable que el conjunto, al

(1) *Les fabliaux* (Paris, 1914).

(2) *Der Völkergedanke im Aufbau einer Wissenschaft vom Menschen*. Berlín 1886.

menos, no ha podido ser inventado dos veces. Si en dos países distantes uno de otro, observamos que sus habitantes se bañan en épocas de calor, sería ridículo suponer que esta costumbre ha debido ser difundida necesariamente por influencias mutuas de los pueblos; pero si esta práctica apareciese unida con la de santiguarse mojado primero los dedos en el agua en que se va a bañar, tendríamos un hecho cultural, cuya existencia en diferentes pueblos y aun en diferentes individuos, sería inexplicable sin un verdadero intercambio o *simpatía social*.

Este es el caso de las modas, costumbres y creencias, cuya difusión hemos descrito en el capítulo precedente.

Hay, sin embargo, en la multitud o en el pueblo, algo sin lo cual no hemos visto difundirse esta clase de formas sociales definidas y concretas. Es la tendencia favorable a su difusión; tendencia que quiere decir exigencia, un estado general de almas adaptado a la medida de la nueva moda. Es frecuente llamarle *ambiente*. Así decimos: «esto tiene *ambiente* en el pueblo», «en aquello se nota mucha frialdad o falta de *ambiente*».

A esta adaptación general o *ambiente* hay que buscarle una causa también general, la cual, en los fenómenos cuyo proceso conocemos, no es sino una forma social preexistente.

A este propósito es digno de notarse que todas las novedades que hemos visto introducirse en un pueblo, se expresan en términos de lo antiguo, es decir, quieren apoyarse en formas sociales anteriores, o cuando menos adaptarse a ellas (1), salvo tal vez en los casos en que las innatas tendencias específicas del hombre (p. e., la de adquisición de bienes materiales), favorecen su difusión.

Así, el «profeta» de Malabia pretendía haber recibido por inspiración sobrenatural algunas de sus doctrinas; de otras decía que también habían sido recomendadas por la Virgen en Lourdes. El de Mendata y la innovadora de Motriko recurrían del mismo modo a la supuesta intervención preternatural, al *deus ex machina* que todavía tiene su ascendiente en el pueblo.

(1) Análaga observación le sugiere a F. C. Bartlett la introducción de un nuevo culto entre los indígenas Winnebago de América. Vid. *Psychology and primitive culture*, págs. 164-187. Cambridge, 1923.

De igual suerte proceden las mujeres de aldea que, cuando intentan adoptar novedades en el vestido, se apoyan en que así es moda entre gentes de buen gusto, es decir, entre las mujeres de grandes poblaciones. Y esa moda es considerada como de calidad superior, digna de lucirla en días y sitios señalados. Así es que, mientras en los días de labor visten todavía con elegancia antigua; durante los festivos, sobre todo cuando van a la iglesia, usan trajes menos decentes, más escotados, aunque muy en consonancia con los gustos modernos.

Idénticas son las circunstancias en que va propagándose la indiferencia religiosa en los pueblos. No quiero repetir lo que ya he dicho arriba al tratar de la irreligión (1). Los portadores de esta forma social procuran cohonestar su conducta, diciendo que muchos católicos, mejores que los de su aldea, se portan como ellos se portan, o que la vida en las ciudades, cuyos adelantos y costumbres tienen *ambiente* entre los campesinos de hoy, es exactamente como la suya.

Los jóvenes que tratan de introducir diversiones y bailes indecentes, repiten con frecuencia en su apoyo esta frase: «el Dios de tal ciudad o de tal pueblo, donde se hallan en vigor estos desahogos, es el mismo que el nuestro»; o esta otra: «en otros pueblos no es pecado este baile; tampoco puede serlo aquí» (2).

En el caso del espiritismo de Bermeo se puede observar también hasta qué punto una forma social, al introducirse en un pueblo, se acomoda a la cultura en él existente, tendiendo a difundir principalmente aquellos de sus elementos que, en cierto modo, encajen en ella.

Sin este requisito, o no se conseguirá el éxito, o se conseguirá con mucha lentitud.

Hace próximamente quince años, llegó a Ataun, procedente de la República Argentina, un espiritista, hijo de un caserío de aquel pueblo. Trató de difundir sus doctrinas entre sus antiguos convecinos, divulgando con profusión hojas y folletos espiritistas, y predicando en tertulias y conversaciones particulares contra la Religión Católica

(1) Páginas 200-202.

(2) Abunda en las mismas ideas D. José Alcain en el artículo *Un poquito... de Pastoral*, publicado en la rev. «La Unión Apostólica»; Vitoria, noviembre 1924.

y contra los curas. El ambiente religioso del pueblo reaccionó contra el innovador: se murmuraba de él, la gente huía de su trato. El espiritista, viéndose solo y aislado en medio de sus paisanos, volvióse a América.

Vemos, pues, que una novedad busca su fuerza en formas sociales anteriores. Cuando no llega con ese ascendiente, difícilmente obtiene éxito.

* * *

Así como la ciudad, gracias principalmente a la superioridad de su cultura material, ocupa un lugar de privilegio en el *ambiente* aldeano de hoy, e influye sobre él con *impulso social* constante y eficaz, así también una persona de ascendiente, es decir, que se hace eco de las corrientes culturales y que representa los intereses más caros de la colectividad, es como si fuera una forma social: oponerse a ella es oponerse al pueblo. Su influjo en la propagación de toda clase de novedades es, por lo mismo, más decisivo y de mayor amplitud. Y en este sentido resulta verdadero aquel antiguo aforismo: *regis ad exemplum totus componitur orbis*.

* * *

Cabría preguntar si un hecho individual, sin ninguna relación de dependencia con las formas sociales, es capaz de crear tendencia favorable a su difusión en el pueblo y de socializarse en él.

No hemos observado ningún fenómeno de esta clase. Por lo tanto, no intentaremos dar una contestación categórica.

Los hechos que más se aproximan a este caso hipotético, los descritos en el capítulo III de este trabajo y algunos del cap. IV, son los que pueden arrojar alguna luz sobre este problema.

El profeta de Malabia, el de Durango, el de Mendata, movidos por diversos estímulos, despliegan en la predicación de sus doctrinas y en la ejecución de sus extrañas prácticas, una intensa y no interrumpida actividad.

Con el tiempo se forma a su alrededor ambiente favorable, y el número de sus admiradores y discípulos crece. Dentro del grupo las creencias y los ritos se imponen con *fuerza impulsiva* a todos los miembros. La forma social ya está creada.

El uso de coche para ir a la feria semanal de Villafranca no lo consentían para sí los labradores de Ataun hasta hace ocho años. Los pocos que se aventuraron al principio a valerse de ese medio de locomoción, fueron objeto de las maledicencias del público. Pero los actos se repitieron; se hizo ambiente; la clientela del cochero aumentó prodigiosamente. Hoy es tenido como miserable el que va a pie a la feria: el uso del coche se impone con *fuera impulsiva*, es ya forma social.

Idéntico proceso se observa en los demás casos, tanto de elaboración como de difusión cultural. Diríase, pues, que un acto insistentemente repetido y como tal reconocido por una multitud de individuos, hace ambiente dentro del grupo, y acaba por socializarse, es decir, convertirse en forma social.

* * *

Hemos visto algunos hechos de expansión cultural y las condiciones en que ésta se ha realizado. Estos datos pueden servirnos en muchos casos para averiguar por qué, de diez, veinte o treinta novedades relativas a un mismo objeto, que pugnan por invadir un pueblo, unas triunfan y otras son descartadas y olvidadas.

Pero el funcionamiento interno de este fenómeno es todavía un misterio. Sólo podemos describir ciertos caracteres que, siendo tal vez objeto de conocimientos vulgares, constituyen, sin embargo, el primer punto de apoyo para ulteriores estudios científicos.

Fijémonos todavía en el hecho de la expansión cultural.

Empieza a difundirse una idea, una aspiración, una moda. Pongamos por caso el juego de foot-ball, cuya propagación, iniciada hace años en las ciudades, va llegando ahora a las más apartadas aldeas del pueblo vasco. El influjo de su irradiación se hace sentir en todas partes. El primer resultado de este proceso, al menos en su aspecto exterior, es la presencia simultánea de unos mismos hechos en diversos sujetos y en diversas agrupaciones.

Puestos en comunicación con los focos del movimiento, los individuos de otras regiones se agitan también, reproducen en sí los mismos fenómenos.

Ya hemos observado, además, que la propagación de una forma

social en un grupo se facilita, y su influjo es mucho más intenso, cuando el ambiente del mismo grupo le es favorable, es decir, cuando presenta la misma tonalidad que aquélla.

Esto no nos da a conocer cómo se ha realizado el hecho en el interior de las conciencias; pero externamente nos lo presenta como un fenómeno de resonancia.

Diremos, pues, que un hecho, al ser socializado por la *simpatía colectiva* en un grupo de individuos, provoca en éstos una convergencia de dirección, un desarrollo sintónico, al cual llamamos *resonancia social* (1).

Por lo tanto, el hecho social elemental, tal como le conocemos por los datos que hemos investigado, es un fenómeno de *resonancia social*. Esta se consolida en un grupo, imprimiendo a sus miembros: un gesto común: comunidad de ideas, de sentimientos, de técnicas: es el equilibrio de las labores realizadas, es la armonía de los espíritus, es una *forma social*.

La *simpatía colectiva* se acrece y amplifica, y la *forma social* se intensifica en proporciones descomunales, cuando la interacción se realiza de un modo regular y rítmico, cuando la *resonancia* llega a un alto grado de exactitud, sin obstáculos ni contrariedades: es lo que llamamos *entusiasmo de grupo*.

Cada grupo social, sometido como se halla a influencias diversas, unas comunes a todos los pueblos, y anejas otras a las peculiares circunstancias de cada uno, crea desde luego su propia y característica forma social que le da una suerte de individualidad y que por lo tanto le distingue de los demás grupos.

Los individuos que han sido educados en el ambiente de un pue-

(1) Permitaseme usar esta palabra, pues la juzgo apta para expresar el fenómeno de que hablo.

Palabras y analogías tomadas de ciencias físicas han sido a veces peligrosas. Por lo cual censura con razón R. R. Marett al Dr. Rivers, que en su obra *History of Melanesian Society* (Cambridge, 1914), insinúa la posibilidad de que todo intercambio cultural sea un proceso químico. Vid. *Psychology and Folk-Lore*, pág. 96; Londres, 1920.

La *resonancia social* no es un fenómeno mecánico ni químico; su carácter es puramente espiritual.

blo, y que han desarrollado la vida al unísono con los estímulos que surgen de su vida social, si alguna vez se ven alejados de él, en el seno de otro pueblo, luego hallan embarazosa la *forma social* característica de éste, no vibran a compás con ella y sienten la nostalgia de su país y de su hogar. A este fenómeno se parece el que apunta O. Harbert, cuando dice: «La desaparición repentina de un ser familiar produce un vacío en el grupo ordinario de las representaciones, rompe un haz de hábitos: de ahí el malestar que se observa al desaparecer un ser amado» (1).

Veamos cómo palpita esta tendencia en los siguientes versos del insigne bardo Ipafagife:

*Gazte-gaztetandikan
Eritik kampa,
Extranjeri-aldean
Pasa det denbora.*

*Eri-alde guztietan
Toki onak ba-dira;
Bañan biotzak dio:
Zoz Euskaleñira.*

Desde temprana edad
Fuera de mi pueblo,
En país extranjero
He pasado el tiempo.

En todos los países
Hay buenos sitios;
Mas el corazón [me] dice:
Vete a Euskaleñia.

Este ejemplo y otros que pudiéramos citar nos muestran que el conjunto de formas sociales, es decir, el ambiente, en que se ha criado un hombre, imprimen a su espíritu una tonalidad característica, un movimiento peculiar que no simpatiza por completo con otros ambientes.

Antes de experimentar este violento contacto con pueblos extraños, el hombre no sabe apreciar el encanto de la patria, la dulzura de una vida armoniosa; pero al alejarse de los suyos, siente en su espíritu un inmenso vacío, y tal vez en el corazón de una ciudad populosa siente los efectos de una soledad inmensa.

Durante el asedio de Verdun—cuando la guerra europea—había en un sector del ejército defensor buen número de vascos. Mas las encarnizadas luchas, sostenidas por largo tiempo, los fueron diezmando, hasta que ya no quedó más que uno, natural de la región labor-

(1) *L'École sociologique et les origines de la morale*, pág. 181 (Paris 2923).

tana. Este no sabía hablar francés, y después de la muerte de sus paisanos, sentíase solo entre tanta gente. Entróle un tedio, una tristeza desesperante. Este aislamiento pudo más en su ánimo que los duros combates y el constante peligro a que tenía expuesta su vida. Por eso pidió licencia para volver al lado de su familia a pasar unos días de descanso, mas resueltamente decidido a desertar en la primera ocasión que la suerte le deparara. Obtuvo la licencia, volvió a su pueblo y, traspasando los Pirineos, fué a parar a Lekunbeñi, donde, muy contento de su suerte, se colocó de criado en una casa de labradores.

Cuando los miembros de una sociedad o los vecinos de un pueblo quieren alejar de sí a algún individuo, recurren muchas veces al procedimiento de cortar con él toda comunicación, de hacerle el vacío, para que la soledad le obligue a marcharse a otra parte.

La *simpatía social* desarrollada entre los miembros de una familia, sobre todo la del ideal en alto grado preponderante de los padres, es generalmente la que ejerce impulso más poderoso sobre los ánimos, por fundarse en relaciones las más íntimas y las más intensamente cultivadas: de ahí la influencia enormemente grande del ambiente familiar y de la educación infantil sobre la conducta del hombre.

El ambiente a cuyo impulso se desenvuelve la vida de un individuo en sus primeros años, es para él en las etapas posteriores de su vida, como la patria que dejó, o como la familia que perdió. Por eso recuerdan muchos con simpatía los tiempos de su infancia, y miran con cariño las costumbres que entonces practicaban y las melodías que cantaban. Un solo rasgo, una frase, una canción de aquella edad les sugiere el recuerdo de todo un mundo que ya desapareció; y allá, en el interior de su conciencia, sienten crecer la nostalgia de lo pretérito y el sentimiento de que los tiempos pasados fueron mejores.

* * *

Más rápidamente se provoca y acrecienta este fenómeno de la *resonancia social* en los modestos públicos que se forman alrededor de un cuentista.

El que refiere un cuento, lo hace casi siempre a un auditorio adecuado, cuando el ambiente, es decir, el conjunto de ideas y sentimientos que en aquel momento predominan entre sus oyentes, le in-

cita a ello. El cuento es escuchado, en general, donde puede ser producido.

Si referimos una leyenda a un público a cuyas tendencias responde el contenido de ella, podremos observar hasta en sus más íntimos detalles los efectos de la *simpatía social*. La onda que suavemente ha de agitar las almas parte entonces de nosotros, y ellas se mueven, vibran al unísono con nosotros, nuestra emoción es también la de ellas. Con su actitud, tal vez con una sola mirada, nos envían su conformidad y su impulso juntamente, y a la primera conmoción añádense otra y otras, y los espíritus, tanto el nuestro como el de los oyentes, siéntense crecer instintivamente: es una *amplificación sintónica*, es el *entusiasmo de grupo*.

Hace veinticinco años, eran todavía muy numerosas en Ataun las reuniones de hilanderas, *artazuritzales*, etc., en que los cuentos eran uno de los medios que contribuían más poderosamente al desarrollo de la vida social.

Al referir en el cuento de «Dar-dar» el pasaje en que el joven cazador, conducido con engaño al *palacio del bosque*, atraviesa trece cámaras ricamente amuebladas, en la última de las cuales el misterioso caballero le pregunta: «¿quién dió muerte a mi hermano?» y le deja encerrado bajo trece llaves, apodérase de todos una angustia desoladora. Mas, en cuanto el joven silba a sus perros, la expectación despierta; expectación que va en aumento, cuando empieza a oírse allá lejos, muy lejos, un ladrar incierto de los perros. A medida que éstos van acercándose, la ansiedad crece. Los perros entran en el palacio, rompen las trece puertas que encierran a su amo y le salvan. Entonces, llenos de satisfacción el cuentista y sus oyentes descansan y celebran la libertad del cazador y la lealtad y el valor de sus perros. Durante la narración todos muestran un interés que va creciendo en proporción a los estímulos con que se excitan mutuamente el cuentista y sus oyentes.

Fenómeno semejante ocurre muchas veces entre los *bersolaris* y el público que los escucha.

La *simpatía social* fuertemente excitada, o mejor, movida a compás por el *bersolari*, se agiganta rápidamente hasta convertirse en *entusiasmo de grupo*. Entonces el público llega a interpretar tan bien

el pensamiento del bardo, que le corea los últimos versos de la estrofa, según me aseguró haber observado varias veces en Oyartzun mi distinguido amigo D. Manuel Lecuona.

Pedro María de Sautu, cuentista de Olarte de Orozko, que el año 1923 me refirió numerosas leyendas y creencias de aquella parte de Bizkaya, hallaba mucha dificultad en contar narraciones legendarias, cuando no tenía delante personas de su condición, que viviesen como él en la atmósfera tradicional de su aldea. Si alguna vez me descuidaba en interrumpirle con alguna pregunta, luego se desconcertaba él y no sabía continuar bien el hilo de la narración: fenómeno que yo atribuía a que el cuentista se veía privado del contacto con el ambiente desarrollado entre él y sus oyentes. Para recobrarlo, le era preciso a veces volver a referir el cuento desde el principio.

Las relaciones de un orador y su público son de este mismo género. De aquí la desanimación de un orador ante un auditorio que, por escaso o distraído, no elabora suficientemente la *simpatía social*.

Era una noche de la primavera del año 1924. Funcionaba a la sazón en Vitoria una estación radiotelefónica, cuyo simbólico nombre era 1AG. La curiosidad me condujo aquella noche al «Studium» de la estación. En la soledad de aquel modesto recinto, sin más público que un sencillo transmisor de T. S. H., un orador se esforzaba en hablar y entusiasmar a sus invisibles oyentes. Era tal el desfallecimiento que embargaba su alma, que pasó gran apuro, temiendo no fuese capaz de desarrollar su discurso: todo lo echaba de menos, ideas, sentimientos y palabras, que, sin duda, le acudieran de hallarse ante un público numeroso.

VI

RESUMIENDO Y CONFIRMANDO

Hemos visto cómo algunos hechos originados en el pueblo, luego, en virtud del intercambio cultural o *simpatía colectiva*, llegan a socializarse, es decir, a convertirse en *formas sociales*, provocando fenómenos de resonancia en los individuos. También hemos apuntado algunas condiciones en que este fenómeno adquiere una amplificación sintónica, llegando a producir lo que hemos llamado *entusiasmo de grupo*.

Las formas sociales, a veces vagas y poco definidas en el pueblo, pueden ser fijadas y formuladas en refranes, versos, leyendas, ritos, acuerdos de una asamblea, estatutos de una asociación, cargos públicos, leyes de Código, etc. A la forma social así concretada y cristalizada llamamos *institución*.

El individuo que se pone en contacto con un ambiente, y que siente su característica *fuerza impulsiva*, tiende a adaptarse a él, halla más cómodo y viable ir de acuerdo con él: es como rama de árbol que se desenvuelve a tenor de los rayos de luz que estimulan su crecimiento en determinada dirección.

Las *formas sociales* se imponen al individuo, exigen de éste su conformidad y asentimiento. Y el individuo se lo presta; de lo contrario, viviría una vida enclenque, menos tranquila, más trabajosa.

Quien no se amolda a ninguna de las formas sociales, ha de vivir vida solitaria, no satisfará su tendencia asociativa, verá estrellarse una y otra vez sus iniciativas contra el acantilado del ambiente, de los gustos, estilos y modas predominantes. Por eso, es fenómeno corriente sucumbir a sus impulsos, someterse a su peculiar modo de

ser. Y aunque no lo hagamos hoy, nuestra vida, que se irá desarrollando bajo la influencia del ambiente, acabará generalmente por sintonizarse con él.

Conviene advertir que esta acomodación de la vida del individuo al ritmo del ambiente es a veces instintiva, y otras consciente y libre. Puede el viajero escoger una vereda que le conduzca al término de su viaje, o ir a campo traviesa; pero, al fin, se decide libremente a tomar el camino más trillado y más cómodo.

* * *

El individuo que ha adquirido una modalidad cultural, puede difundirla o no en el pueblo, según le sean favorables o contrarias las tendencias de éste. Si halla tendencia favorable en el pueblo, se sentirá estimulado a propagar en él su nueva adquisición; cuando no, disimulará su interna actitud y se acomodará al ambiente, al menos en su conducta exterior.

Todo innovador que opera en el seno de un grupo, se constituye en centro de atención para los miembros de éste. Tiende a modificarlos y a su vez es modificado. El cuentista, en comunicación armónica con sus oyentes, modifica los detalles de su tema, para acomodarse a las tendencias de aquéllos. El orador, desde el momento en que se ha colocado en íntima relación de simpatía con el público, arrastra a éste y es a su vez arrastrado, obedeciendo a influencias del auditorio, por caminos en que nunca soñó.

No se puede decir, por lo tanto, que el individuo, o el grupo innovador, desempeña un papel enteramente pasivo, puesto que desarrolla activamente su vida cultural, si bien al unísono con los impulsos y vaivenes del ambiente innovador, obedeciendo a la actividad estimulante de éste; pero también condicionando, a veces visiblemente, la actuación del mismo.

Los individuos más aptos para introducir en un grupo una modalidad cultural son aquellos que, según la conciencia pública, se hacen eco del ambiente del grupo, son fiel expresión de sus ideas y aspiraciones. Los tales provocan más fácilmente fenómenos de resonancia social en los demás. Para conseguirlo, sin embargo, si no existe una tendencia o ambiente previamente formado, preciso es desplegar

intensísima actividad con insistente repetición de actos: una sola oscilación no basta, en general, para provocar una resonancia apreciable; se necesitan muchas.

Los medios naturales de establecer contacto entre dos ambientes culturales, y de iniciar y mantener sus mutuas combinaciones y aun conflictos, son la predicación, la propaganda por la prensa, el teatro, el cinematógrafo, artes gráficas, el ejemplo, etc. Estos medios pueden llegar al individuo por vía tradicional y por la espacial. Esta última es la que va hoy ganando terreno de modo extraordinario, gracias al inmenso desarrollo adquirido por los medios de comunicación. Por eso las transformaciones sociales son ahora más rápidas que antes y el aspecto dinámico de la psicología social resalta con más viveza.

El proceso de la difusión de una modalidad cultural, por ser un fenómeno de simpatía y resonancia social, puede en determinados casos y en ciertos individuos, llegar a un alto grado de exaltación que llamamos *entusiasmo de grupo*, como sucede en muchos casos de motines populares. También puede dar lugar a que se constituya una institución en forma de sociedad, leyes, fórmulas, etc., que tienden a continuar la obra de difusión y a conservar la forma social adquirida. Cuando una forma social se difunde con caracteres de amplificación sintónica, constitúyese en ideal del pueblo, y llega al más alto grado de desarrollo y posee un gran poder expansivo. Cuando un pueblo carece de ideal, constituye un polvo de individuos sin cohesión, sin duración y sin fuerza.

La concurrencia de dos tendencias antagónicas determina la limitación social de su expresión, creando zonas de interferencia, como sucede en los casos de individuos y grupos indiferentes en religión. Para detener el avance de una forma social contraria a la que antes predomina en el pueblo, no es bastante defender la última de los embates de la primera; preciso es aislar al pueblo, ponerlo a salvo de toda influencia extraña, y desarrollar la propia forma social hasta hacer de ella un ideal del pueblo.

Es fácil reconocer a veces en una manifestación cultural influencias de dos formas sociales, sean o no antagónicas. En ciertas casas, habitadas por familias católicas, en cuyas habitaciones privadas abundan cruces, cuadros con imágenes de santos y otros objetos cristia-

nos, existe un departamento de carácter un tanto público, el recibidor, adornado con estatuitas de Mercurio, de Venus de Milo, de pastoras de Arcadia, etc., recuerdos de la mitología greco-romana que, a lo más, dicen algo a los gustos artísticos hoy en moda, o a la mente de un filósofo retornista de la escuela de Vico; pero nada, si no es una triste claudicación, a un alma cristianamente religiosa. Tales familias, más numerosas en aquellas poblaciones a las que la ola de la irreligión ha llegado más potente, ostentan dos caras de significación diferente y aun contrapuesta: una en consonancia con el ambiente tradicional, y la otra con el que han visto venir a impulsos de la revolución; aspiran a ser expresión de ambas formas sociales que hoy se disputan el dominio de las almas.

Del mismo modo pueden descubrirse en un elemento cultural de otro orden huellas de diversas formas sociales. Fijémonos en una manzana de casas de una ciudad moderna. Si dirigimos la vista a las fachadas del lado de la calle, veremos cómo todas presentan una fisonomía común: se hallan simétricamente alineadas, sus balcones sobresalen sólo hasta cierta medida, los aleros de sus tejados son iguales; sus paredes, sus ventanas, sus balcones son objeto de cuidados análogos en todas las casas; el espíritu de ornato se manifiesta principalmente por ese lado. Todo se ha construido con arreglo a un plan, fijado quizá por las ordenanzas municipales; todo se ajusta a las exigencias y comodidades del gran público. Pero si observamos el lado opuesto de la misma manzana de casas, una extraña diversidad de formas se presentará a nuestra vista. Apenas veremos dos edificios en que aparezca un plan común: en todo campean gustos particularistas: en cada casa se ha atendido a las conveniencias de sus habitantes en combinación con las exigencias del local. En el primer caso se dibuja el predominio de la forma social hoy vigente en las poblaciones urbanas; en el segundo predominan formas sociales de carácter familiar y particularista.

* * *

Una novedad, una forma social, al propagarse en un pueblo, provoca muchas veces formaciones de compromiso, combinándose o interfiriéndose con formas sociales preexistentes.

Así, pues, en dos pueblos, cuyas culturas sean diferentes, la introducción de un elemento nuevo da lugar con frecuencia a resultados enteramente diferentes.

Hace veinte años próximamente, corría en ciertos sectores sociales la falsa noticia de que los barcos de la Compañía Trasatlántica eran de propiedad de los Jesuítas. La especie era tendenciosa, apta para ser manejada por los enemigos de la Compañía de Jesús, como efectivamente se hacía en algunos bares y tabernas de ciudades y villas industriales y veraniegas. Sin embargo, la noticia producía entre la gente de aldea un efecto enteramente opuesto: en las supuestas riquezas y en el poder extraordinario de los Jesuítas se veía un baluarte para la defensa de la Religión, cuya causa aparecía así mejor asegurada. Esto reanimaba y confortaba el espíritu religioso del pueblo.

Del mismo modo, dos pueblos de culturas diferentes dan muchas veces a los fenómenos naturales interpretaciones enteramente diversas. Mientras en el espíritu de nuestros aldeanos desempeña papel importante la explicación finalista, en las ciudades y centros industriales va predominando la de las causas segundas, con pretermisión o negación de toda finalidad en las obras de la Naturaleza. Por eso, mientras el aldeano vasco busca el remedio de la sequía en la oración, en la rogativa; el despreocupado que vive a su lado, todo lo explica recurriendo exclusivamente a las causas segundas, y en ellas reposa, sin tratar de elevarse a la primera.

Aquí descubrimos, pues, dos mentalidades que se contraponen y que se disputan el dominio del pueblo. La última, la del causalismo restringido y exclusivista, es la que lleva camino de invadir las ciudades y las aldeas de hoy.

De todo lo cual se deduce que, si queremos descubrir y apreciar debidamente los resultados de una transformación cultural en los pueblos, preciso es conocer las formas sociales de los mismos, cuidando de no atribuirles *a priori* nuestros propios hábitos mentales.

En esto, sin embargo, no hay que extremar las cosas hasta el punto de suponer que la exigencia de causalidad en el espíritu del hombre de aldea, o simplemente del hombre folklórico, es de otro tipo diferente de la del hombre de cultura moderna, como se viene

RESUMIENDO Y CONFIRMANDO

diciendo de los pueblos primitivos en estos últimos años (1). El aldeano vasco, al menos el de aquellos lugares donde he realizado mis investigaciones, sabe combinar la explicación finalista con la de las causas segundas. Si en la tormenta reconoce la mano de Dios que dirige los fenómenos del universo, tampoco ignora que allí influyen eficazmente el calor solar, los vientos y las nubes.

(1) L. Lévy-Bruhl: *La mentalité primitive*, pág. 516. París, 1922.